Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII — San José, Costa Rica **1945** Sábado 24 de Noviembre — No. 7

Año XXV — No. 997

PALABRAS PARA MARTI

Es un discurso de **José Nucete-Sardi**

(Envió del autor. Caracas, mayo de 1945)

Señores Ediles del Distrito Federal; señor Representante del Gobierno del Distrito Federal; compañeros Delegados al III Congreso Interamericano de Prensa; señoras y señores:

Una honrosa designación del III Congreso Interamericano de Prensa me brinda, con generosidad que agradezco, el honor de hablar en nombre de esta Asamblea de Periodistas en el homenaje que, conjuntamente, rinden hoy ese Congreso y la Ilustre Municipalidad de Caracas, con motivó del cincuentenario de la muerte de José Martí, ante el monumento que la ciudad avileña ha erigido en uno de sus más poéticos y tradicionales rincones, a la memoria del héroe y del apóstol.

Nunca mayor honor ni mayor complacencia: como Delegado de *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, que es tribuna martiana, pregonero de cultura, de libertad y de conciencia americana— desde hace muchos años— en este continente, nada más grato para ese otro gran obrero de la cultura que se llama García Monge, que su Delegado lleve la palabra en este acto; como venezolano y periodista, grande la complacencia también, pues ya se sabe, señoras y señores, que no hay entre los hombres y mujeres de este gentilicio quien no tenga fervor de admiración por el soldado-poeta de la independencia cubana, por quien con su pluma de maravilla y su "corazón sencillo" fué continuador fervoroso de la obra de los Libertadores, libertador en la doble acepción del concepto, porque libertó tierras y libertó espíritus, como Simón Bolívar; y, en fin y sobre todo, como Delegado del Congreso Interamericano de Prensa y a nombre de mis compañeros en el periodismo, porque si hubo un periodista en América ese fué José Martí, periodista sin fronteras, periodista de la libertad, cuya acción intelectual es ejemplo vivo para los hombres de este continente que aspiramos a vivir con claridad democrática y con alto sentido de la dignidad humana.

Parece que un sino feliz haya querido que en nuestra profesión de periodistas actuaran casi todos los libertadores americanos, desde los hombres que como Jefferson signaron con Wahington la creación de la República Estado-Unidense hasta los del Sur; y para no hacerme extenso en el recuento, recordaré sólo al Precursor Integral, Francisco Miranda, quien desde Londres, con *El Colombiano*, creó el primer órgano americano para las libertades republicanas; a Simón Bolívar, maestro de periodismo cuyas ideas fueron de periódico en periódico y cuyas cartas están llenas de consejos para que la prensa sea digna y sirva a América y a la Libertad, y a este José Martí, quien desde aquí nos mira con sus ojos de inmortalidad, permanente periodita desde todas las fronteras y hacia todos los caminos, cuya pluma incansable divulgaba su alto pensamiento en los periódicos de todo el continente. Desde New York o desde Guatemala, desde su patria o desde el destierro, desde esta Caracas que lo vió y lo admiró en la actividad del diario artículo y en la faena de la cátedra, hasta el lejano Buenos Aires, cuyos principales periódicos recibían su mensaje continental, su mensaje diuturno de hombre de América.

Porque si infatigable fué en la aventura de las armas, en el secreto de las conspiraciones, incansable fué también en la faena de la pluma, hasta el extremo de que no existe tema que no hubiese tratado con profesional pericia y firme responsabilidad en su fecunda actividad de soldado de la belleza y de hombre de letras. Y con cuánta dignidad, señores, con cuánta visión del futuro americano hacia el cual miró con ojos de poeta y de profeta, con sentido revolucionario, con honda preocupación social, con gran entraña humana, pues que no fué la palabra de Martí sólo bella decoración sino expresión viva de un pensamiento vivo en lucha con el medio, en permanente deseo de mejorarlo con ancha bondad y con vigor de varón escogido para el sacrificio y la tragedia.



José Martí
Por **(Roberto Córdoba)**

Grande es la enseñanza que Martí nos dejó, señoras y señores; grande por la dignidad, grande por la avisora responsabilidad con que iluminó conciencias y destruyó prejuicios; grande porque no hubo debilidad que no defendiera y estuvo siempre en guardia bizarramente, contra el desmán de los grandes. Si fué apóstol de libertades lo fué también de responsabilidades. Varón estético lo clasificaría Rodó, como a Bolívar, pero apóstol de la ética también porque su moral fué irreductible y no supo jamás, del tráfico mercenario y usurero. Se dió a los hombres con candor, con probidad, con humana conciencia, porque él sabía —como Bolívar— que "el talento sin probidad es un azote".

Asombra, señores, al recorrer la obra de Martí —numerosa e intensa— mucha parte de la cual fué escrita en la premura de los viajes, en la angustia del exilio, en la sombra de la conspiración o en el campo del combate— asombra, repito, ver cómo su bondad

Sumario:

Palabras para Martí. Por José Nucete-Sardi.
Literatura Norte-Americana. Por Herschel Brickell.
El borrón de la Hispanidad. Por Eugenio González.
Las naciones pequeñas. Por B. Sanín Cano.
La obra de Bernal Díaz. Por Alfredo Cardona Peña.
Presencia de Don Elías Jiménez. Por Gerardo Fernández Durán
Elías Jiménez Rojas. Por Maximiliano de Lowenthal.
Toda una vida para el bien. Por Carlota Brenes de Rizo
No quiero que mi hermana sea otra mula de carga. Por Luisa González.
El retorno de los judíos a su patria. Por Auristela C. de Jiménez.
Se nos fué Margarita Esquivel. Por Lilia Ramos.
Evocando a Margarita Esquivel R. Por Hilda Chen Apuy.
Nuevos sones de la lira costarricense. Por Enrique Mora Salas, Arturo Montero Vega, Allen Pérez Chaverri y Eduardo Jenkins Dobles.
Dos sonetos. Por Eduardo Uribe
Estampas de dos tiempos. Por Víctor Lorz.

es siempre diáfana sin mengua de su varonía, su valor sin desmayos, su indagación precisa, su concepto certero y su pensamiento claro para inquirir no sólo cuanto significaba el proceso de las libertades en el romántico sentido del férvido revolucionario, sino también en el sentido preciso, filosófico y realista de los problemas sociales hacia los cuales avanzó sin temores, previendo el desarrollo americano, las complejidades de la vida universal en un mundo que empezaba a retorcerse, a buscar nuevos caminos de integración social impulsado por la urgencia vital de las angustias humanas.

Periodista múltiple, poeta de la sencilla emoción, escritor luminoso en permanente batalla por la justicia, sabía jugar con el tema intrascendente y elevarlo para arrancarle su vital esencia o bien, hacer llegar hasta el pueblo con diáfana palabra la trascendencia de lo que estaba más arriba de las mentalidades populares, todo ello sin que su acción se desconyuntara para la obra suprema de la libertad de pueblos y de espíritus, para la afirmación de lo democrático esencial. Y allí toda la fuerza de su acción vivificada por el amor a los humildes y a los débiles, por la sonrisa de los niños, para quienes estuvo siempre su pluma en trance de lucha o de belleza con noble acento de maestro. Así, José Martí tiene el signo de los grandes libertadores en el gran ciclo de la libertad americana.

"Gladiador impoluto" podríamos llamarlo, como calificara a Sucre un escritor brasilero. Gladiador sin descanso, porque cuando no estaba en la lucha de las armas estaba en el combate de las ideas, en la lucha de la dignificación, en la tarea de servir a los de abajo y elevarlos y en la faena de señalar nuevos rumbos para la solución de las angustias sociales. Se hermanó con el pueblo para hacer doctrina viva la justicia.

Por la bondad y su gran aspiración humana le encuentro similitudes con nuestro Cecilio Acosta a quien su pluma dedicó el más brillante y certero panegírico. Y como él de don Cecilio, yo diría para Martí sus propias frases: "...sin lumbre aquella cabeza altiva, que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos los labios que hallaron lengua tan varonil y tan gallarda"; "yerta aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde". "Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo", porque esta es— señoras y señores— la lección que estos hombres como Martí nos han legado y de ella tenemos que responder, como ductores de opinión, ante la conciencia americana.

Compañeros Delegados de Cuba:

Decid en vuestra patria cómo es grande el fervor que hombres y mujeres de pensamiento de esta tierra y el pueblo de Venezuela guardan por vuestro Martí que es nuestro, que es de todas estas tierras de libertad y democracia, porque él está incorporado, desde hace mucho tiempo, por derecho propio, en la hueste olímpica de los grandes Libertadores de América. Decid también que su pensamiento nutre el impulso independiente de las juventudes venezolanas, porque él, como el Libertador, es cifra perenne de solidaridad americana. Decid cómo sobre su cabeza de portento, en un parque caraqueño, caen las hojas de los árboles, la sonrisa de los niños, el fervor de un pueblo, el trino de los pájaros de Dios y el claro sol de las aspiraciones democráticas.

Decid, a vuestro pueblo, también, que Venezuela ha recogido con fraternal emoción la nueva que nos habéis traído de que en La Habana se alzará pronto una estatua de Simón Bolívar. Martí la tiene también en la conciencia de los venezolanos.

Señoras y señores:

El solo nombre de Martí es todo un ejemplo para la vida democrática de América. Vivamos su lección. Porque para decirlo con la misma frase que él dejó sobre la tumba de Cecilio Acosta, "cuando alzó el vuelo tenía limpias las alas".

LITERATURA NORTE-AMERICANA

Por Herschel Brickell

(Envío de Mr. Albert E. Carter, Agrégado Cultural de la Embajada Americana en Costa Rica. Es un artículo traducido del **Book of the Year** (1945) que publica la Enciclopedia Británica. Mr. Bricell es el autor del conocido libro **Cosecha Colombiana**).

Las tendencias principales en la literatura norte-americana pueden divirse bien en dos categorías: la actual o tópica, evidenciada por el interés espectante en libros sobre la guerra y la paz, y la antigua, manifestada en el entusiasmo continuo por libros sobre el pasado de la nación, sus regiones y sus paisajes. Las cifras de los publicistas, sobre libros impresos y vendidos durante el año, demostraron que a causa de una combinación de circunstancias derivadas de la guerra, la lectura alcanzó un grado de popularidad que no se registró antes: la demanda sobrepasó a la oferta, limitada por la carestía de papel y este hecho sucedió a menudo. La selección de las obras más vendibles entre los publicistas, llegó a ser una práctica establecida, y se registraron ventas adelantadas de medio millón de ejemplares, lo cual indicó la confianza que los libreros tenían en la continuación de los días de bonanza. Su temor familiar, de poseer a mano más libros de los que podían vender, fué reemplazado por la preocupación constante de tener una infeliz e inútil combinación de clientes ávidos, y los estantes vacíos. Continuó un descenso notable en el total de los libros; y la popularidad creciente de tales series reimpresas como los Libros de Bolsillo, expresada sólo en cifras astronómicas, demostraron que el público estaba más interesado en el contenido, que en la forma. Los libros más populares que no versaron sobre el género novelesco, fueron clasificados en su mayor parte, en agrupaciones especiales aunque con las excepciones corrientes. El público pareció estar concentrando su atención sobre los problemas de la paz, como en el caso del libro escrito por Summer Welles y titulado "Time for decision" (Hora de decisión), que discutió entre otras cosas, la posible partición de Alemania como garantía contra otra guerra mundial; respecto a la guerra misma, como en el caso de "Brave Men" (Hombres Valientes de Ernie Pyle, narración sencilla y subyugante de las operaciones de la infantería; sobre el pasado y las personalidades estadounidenses dignas de mencionarse, tal como acontece en el tercer tomo de los libros de Van Wyck, relativo a una historia informal de la Literatura Americana y titulado "The World Of Washington Irving" (El Mundo de Washington Irving): o el libro de Catherine Drinjer Bowen, "Yankee from Olympus" (Yanqui del Olimpo), biografía del difunto Magistrado Holmes y extensiva también a su familia: el tercer volumen de la serie monumental de Douglas Southhall Freeman sobre biografías de la guerra y titulado "Lee's

Lieutenants" (Los Tenientes de Lee). Otros incluyen: "A Study in Command" (Un estudio en Mando) el cual abarcó el período entre Gettysburg y Appomattox. La descripción hecha por Bob Hope de su visita a los lejanos campamentos del ejército para divertir a las tropas, y compilada en el libro "I never left home" (Nunca salí del país) fué incorporada dentro de la clasificación de guerra, aunque lo leyeron como simplemente humorístico; el libro de Gene Fawler, "Good Night, Sweet Prince" (Buenas noches dulce príncipe), que comprende la vida de John Barrimore, se abrió campo a causa del interés en el tema: el de Margaret Landon, "Anna and the King of Siam", (Ana y el Rey de Siam) tuvo éxito, tanto por su tópico exótico—una institutriz inglesa en una corte oriental— como por el hábil manejo del material por una mujer americana que conoció perfectamente la tradición de Thailand. La obra de Will Durant, "Cesar and Christ"; entró de lleno en la historia romana y no descuidó su significación para estos tiempos, mientras que el poema sinfónico de Russell Davenport, "My Country" (Mi patria) hizo el elogio de los Estados Unidos en una manera que no dejó duda alguna del patriotismo de Davenport, aun cuando existían diferencias de opinión respecto a la calidad de su poesía.

En el género novelesco, los temas que tuvieron acogida en el público, en mayor número, fueron los problemas raciales, tal como el que figura en la novela de Liliam Smith; "Strange Fruit" (Fruta Extraña), centralizada alrededor del amor entre un blanco y una muchacha mulata en un pequeño pueblo sureño; la cuestión de la readaptación en la postguerra, tal como la trata John Hersey en su libro tan elogiado, "A Bell for Adano" (Una Campana para Adano) describiendo la narración de un corresponsal de guerra en su intento de convertir nuevamente a la vida normal a un pueblo italiano recapturado; surge de nuevo el pasado en "The History of Rome Hansk and Kindres Matters" novela escrita por Joseph Stanley Pennell acerca del pasado del autor, y que calza dentro de la tradición actual de la novela histórica; y todavía más del pasado, con la novela de Irving Stone, "Inmortal Wife" (Esposa Inmortal), presentación novelizada de Jessie Benton Fremont, compañera de un explorador y mujer notable. Los críticos han convenido generalmente, que la narración de Jean Stafford acerca de una muchacha en Boston, titulada "Boston Adventure" (Aventura en Boston), que es una crítica aguda de la sociedad de Brahmin, fué la primera y más talentosa novela del año. También "Earth and High Heaven" (Tierra y Alto Cielo) de Gwethalyn Grahan, historia amorosa del período de la segunda guerra mundial, fué asimismo altamente comentada y popular.

Cuando terminó el año, la novela "Forever Amber", de Kathleen Winsor, que es una larga y colorida narración de la vida de una prostituta en tiempos de Carlos II, estaba a punto de tener un éxito relámpago, aunque sin contar con el apoyo de los críticos en relación a sus méritos literarios|. La colección de cuentos cortos, "The Leaning Tower (La Torre Inclinada) escrita por Katherine Anne Porter, tuvo por parte de la crítica la misma recepción que los otros libros de la misma autora, y su tema tuvo que ver menos sin duda, con dicha acogida que con la habilidad artística con que se hizo.

LA GUERRA Y LA PAZ.—Los métodos modernos, de comunicación, transporte y manufactura, hicieron posible que el pueblo norteamericano tenga su historia actual tal como acaba de acontecer, y el número de libros relativos a la guerra en todas sus fases sólo fué comparado con la cantidad de los referentes a la paz.



La Marina recibió participación completa en virtud de las hazañas efectuadas en el Pacífico, las cuales han hecho época, y el drama de la aviación constituyó el tema de muchos tomos, mientras algunos corresponsales de guerra relataban ambos frentes escribiendo desde Sicilia y Saipán.

El aniversario de Pearl Harbor vió la publicación del primer tomo de "of Battle Report" (Informe de Batalla), que comprendió las acciones navales desde el 7 de Diciembre hasta las operaciones del Mar Coral y fué escrito por el Comandante Walter Karing y el Teniente Welbourn Kelly, quienes usaron mucho material oficial como base para su narración bien ilustrada y de vivo interés. Fletcher Pratt, experto en todos los asuntos concercientes a la guerra, describió de nuevo la historia de la Marina en el libro titulado "The Navy's War (La Guerra de la Marina), el cual fué prologado por el extinto Frank Knox.

También hay muchos libros acerca de las hazañas de barcos individuales, inclusive los portaaviones, que figuran en la historia de la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos están: "Then There Zas One: The U. S. S. Enterprise and the First Year of War", por Eugene Burns; "Daybreak from Our Carrier", por el Teniente Max Miller, relativo a un portaaviones anónimo, pero muy bien ilustrado, y "A Ship to Remember: The Saga of the Hornet", por Alexander R. Griffin. Del heroismo individual de otros barcos, se hallan entre otras, las siguientes narraciones: —"And Pass the Ammounition" por Chaplain Howell M. Forgy, la historia del crucero "New Orleans" que combatió por todo el Pacífico y perdió finalmente la proa; "The Fightin'est Ship: The story of the Crusier Helena", por el Teniente C. G. Morris y Hugh B. Cave, narración de la fuerza naval de tarea más famosa del Pacífico; y "Where Away: a Modern Odyssey", por George Sessions Perry e Isabel Leighton, la cual versa menos acerca del heroico crucero "Marblehead" que sobre los que lo tripularon.

Entre los libros sobre aviadores combatientes está incluido "Air Gunner", por el Sargento Andy Rooney, la historia de los "muchachos" americanos que vuelan en los bombarderos Liberator y manejan sus ametrailladoras; "One-Man Air Force", la historia de las hazañas del as de Aviación, Capitán Don Gentile, tal como se la narró a Ira Wolfert; "First of the Many", por el Capitán Jonh R. (Tex) Max Crary y David E. Sherman, con un prólogo de Ira C. Eaker y que relata la historia de la 8ª fuerza área; "Dammed to Glory" por el Coronel Robert C. Scott Jr. un himno al famoso p-40 y Helldiver Squadron: "The Story of Carrier Bombing Squeadron 17, with Task Force 58", por Robert Olds.

Los libros bélicos que incluyen operaciones terrestres en su tema, comprenden entre otros el escrito por Charles Christian Wertenbaker, y titulado "Invasión" que describe la historia del desembarco en Normandía y está ilustrado con magníficas fotografías de Robert Capa; "Invasion Diary" (Diario de la Invasión), cuyo autor es Richard Tresakis, proporciona una narrración de la lucha en Roma, Sicilia, Salermo y Nápoles; y "Still Time to Die" (Todavía es tiempo para morir), de Jack Balden, incluye también el Pacífico, pero está principalmente dedicado a la contineda de Italia. También está el libro de Margaret Bourke nominado "They Clled it Purple Heart Valley" (Ellos lo llamaban el Valle del Corazón Púrpura), que es un relato descriptivo y gráfico de extraordinario brillo. El área del Pacífico es el tema del libro "Wingate's Raiders" de Charles J. Rolo; "Tarawa, The Story of o Battle" (Tarawa, la Historia de una Batalla) de Robert Sherwood: "The Island" (La Isla) del Capitán H. Merril es una historia de los marinos en Guadalcanal; también están dos libros concernientes a Bataan y a la crueldad desplegada por los japoneses en dicho lugar, a saber, "Ten Escape from Tojo" (Diez se escaparon de Tojo) por el Comandante Melvyn H. McCloy y el Teniente Coronel S. M. Mellinck y Bataan. "The Judgement Seat", por Allison Ind. A éstos puede ser agregado "The Dyess Story" (La Odisea de Los Dyees), que narra la escapatoria del Davao del Teniente Coronel William E. Dyess, ya fallecido; y editado y presentado por Charles Leavelle.

Otros de los libros acerca de la paz futura, que fueron ampliamente leídos, además de la obra de Summer Welles, son "The second Chance", "America and the Peace" (La segunda Oportunidad (América y la Paz) una colección de opiniones, editada por John B. Witton, con la ayuda de colaboradores distinguidos; "The Gentleman Talk of Peace" (El Caballero habla de la paz) de William B. Ziff que contempló muchos problemas y los estudia más bien que los prescribe; "The Singws of Peace" de Herbert Feis, el cual trató de los arreglos económicos básicos que deben

ser hechos antes de que la paz sea posible; "Foreing Policy Begins at Home" (La Política exterior comienza en casa), de James M. Warburg, se explica por sí solo con el título; "How New will the better World be" (Cuán nuevo será el Mundo mejor), es el análisis sereno de la situación, hecho por un connotado historiador, diciendo que los aliados estaban desplegando poder político y sin mostrarse muy optimista de los resultados; "An American Peace", libro que discutió el asunto de nuestra responsabilidad en el mundo del mañana, es obra de Neil Mc Neils; "Keep the Peace Through Air Power" (Mantener la Paz Mediante la Fuerza Aérea) se llama el libro de Allan A. Mitchie. Un Folleto profusamente distribuído "The Control of Germany and Japan" (El control de Alemania y el Japón) de Harold G. Moulton y Louis Marlio, emprendió la tarea de resolver el enigma de la Post-guerra. Entre los libros que tienen gran valor como referencia sobre este tópico está incluído el escrito por Joseph C. Grew "Ten Years in Japan" (Diez años en el Japón) y basado en el diario del Embajador Grew; "The Road to Teheran", "The Story of and América" 1781-1943, por Foster Rhea Dulles, una es narración de las relaciones diplomáticas entre los dos países más poderosos del mundo moderno; "People on Our Side" (¡Gente de nuestra causa) libro de Edgar Snow, que proporcionó información de primera mano acerca de muchos seres humanos y cuyas esperanzas en el futuro están fincadas en nosotros y que fué uno de los más importantes del año. "Treaty orts" de Hallet Abend es una excelente narración histórica de los centros orientales del comercio occidental. "So Sorry, No Peace" (Lo siento mucho no hay paz) de Royal Arc Cunnison, fué un relato real de meses transcurridos como prisionero de los japoneses.

Los esfuerzos inminentes para constituir una organización internacional, que garantice la paz del mundo, motivó la renovación del interés en el Presidente Wilson, y los siguientes libros fueron publicados y leídos ampliamente: "Woodrow Wilson and the Lost Peace" (Woodrow Wilson y la Paz Perdida) por Thomas A. Bailey; "Woodrow Wilson, the Unforgettable Figure who has returned to haunt us", un libro de fotografías de la revista "Look", con leyendas hechas por "Gerald W. Johnson; y "The Wilson Era", "Years of Peace" por Josephus Daniels, el tercer volumen de sus memorias en el que describe la nueva libertad y el impedimento de la neutralidad durante el período de la administración de Wilson. "Unfinisehd Bussiness" (Negocios inconclusos) libro de Stephen Bonsal, describió la historia de la formación del tratado de Versalles, expresada por un veterano periodista que estuvo en medio de los acontecimientos durante la histórica visita de Wilson a París. En relación con esto también puede ser leído el libro "Gentleman from Massachussetts" de Carls Schrifgiesser que es un estudio equilibrado de Henry Cabot Lodge.

BIOGRAFIA.— El año fué rico en biografías, además de la obra popular ya mencionada sobre el Magistrado Holmes. Un intelectual americano, Joseph Wood Krutch, escribió acerca de Samuel Johnson, y los críticos más severos le concedieron el derecho de retratar la figura de Ursa Major Robert Selph Henry, autor de "The History of the Confederacy" (La historia de la Confederación), habiendo hecho una magnífica y larga narración en su obra "First with the Most" referente a Forest, el legendario lider de caballería cuya historia parece un romance fantástico; Virgil Carrington Jones escribió sobre Ranger Mosby, presentando así a otro de los líderes más arrojados de la Guerra Civil;; y Walter H. Herbert hizo un retrato de Fighting Joe Hooker; La biografía de C. M. Wiltse "Jhon C. Calhoun Nationalist: 1782-1828" arrojó mucha información nueva sobre las ideas y actos de un estadista de Carolina del Sur; Pitchfork Ben Tillman, es una obra biográfica escrita por Frances Simkis quien hizo un estudio cuidadoso de un moderno político de Carolina del Sur, quien simbolizó la revolución popular con la cual estuvo tan íntimamente afiliado William Jennings Bryan. Andrew Denny Rodgers III agregó la vida de John Merle Coulter a una excelente serie de biografías sobre botánicos. Raymond B. Nixon escribió sobre Henry W. Grady el libro biográfico "Spokesman of the South" (Voceros del Nuevo Sur) que es un tributo a un periodista que murió a los 39 años después de una notable carrera. También se escribieron dos buenas biografías de pintores americanos "Wislow Momer" de Loyd Goodrich y "An Artist in Iowa: A Life of Grant Wood" por Darrell Garwood, ambas con muchas ilustraciones. También digna de mención fué la biografía escrita por Russel B. Nye intitulada George Bancroft: Berhm'n Rebel, un estudio necesario del historiador de ese nombre. El libro de George Santayana, "Persons and Places" (Personas y Lugares), cuyo primer tomo prometió ser una de las autobiografías clásicas de nuestros tiempos, no sólo por la fina belleza de los escritos, sino por la revelación de una personalidad altamente compleja. El retrato biográfico "Peabody of Groton escrito por Frank D. Ashburn sobre el famoso maestro Tory.

LOS ESTADOS UNIDOS DEL PASADO Y DEL PRESENTE.—

Los amplios horizontes abiertos a los norteamericanos bajo el influjo de la guerra, no parecieron aminorar el interés sobre asuntos nacionales. En el campo de la historia, Charles A. Beard y su esposa Mary, escribieron un libro corto titulado "Basic Histoy of the United States" (Historia básica de los Esados Unidos) que es una versión triplemente corregida de un trabajo definitivo. Por su parte James Truslow Adams proporcionó el primer tomo de un libro fotográfico titulado "The Album of América", (El álbum de América) que abarcó el período colonial y estaba leno de bellísimas fotografías. El libro de "Way Our People Lived" (La forma en que vivió nuestra gente) tradujo en seres individuales la historia del desarrollo de los Estados Unidos. David L. Cohn, presentó el automóvil y los efectos que causó en la vida americana, en un libro informal titulado "Combustion on Wheels" (Combustion sobre ruedas), que pudo haber sido mejor; y James Thomas Flebner escribió una sana historia intitulada "Steamboats Come True: Inventors in Action" Los Buques a vapor son una realidad: Inventores en acción) la cual trató de conceder crédito a quienes lo merecieron. Mientras tanto el libro "Paddlewheel Days in California", por Jerry McMullen hizo una narración de los vapores del río y de los ferries de la bahía, con la cual repitió la época de los buques a vapor sobre el río Mississippi que efectuaban carreras y terminaban explotando. "Greek Revival Architecture", de Talbot Hamlin, es un libro bellamente ilustrado que explicó la gran herencia clásica de la nación. mientras Nancy Wilson Ross presentó otra faceta importante del pasado americano en "Westward the Women", q' se refirió en detalle a tales pioneras de enaguas como Narcisa Whitman y Eliza Spaulding explicando el papel desempeñado por centenares de sus hermanas en la colonización de los Estados Unidos.

Los libros acerca de las bellezas naturales de los Estados Unidos continuaron gozando de popularidad. Harlan Hatcher realizó una larga tarea en 'The Great Lakes' (Los Grandes Lagos), entre tanto que las series de ediciones dedicadas a los Lagos Americanos, editadas por Milo M. Quaife, incluyeron "Lake Uron" (Lago Urón) por Fred Landon, "Lake Superior" por Grace Lee Nute y "Lake Michigan", (Lago Michigan) por el propio Quaife.

A las series sobre los ríos americanos, que ya llenaban los estantes, Hulbert Footner añadió "Rivers of The Eastern Shore" (Ríos de la Costa Oriental), publicado poco después de la muerte de su autor; y estas series acerca de la nación americana recibieron la contribución de Hartnett T. Kane con el libro "Deep Delta Country" (Territorio del Profundo Delta), describiendo el territorio extraño entre la ciudad de New Orleans y la boca del Mississippi; Thames Williamson escribió "Far North Country" (Lejana Tierra Norte), acerca de Alaska; Dorsha B. Hayes, "Chicago

Crossroads of American Enterprise"; Simeon Strunsky, "No Mean City", referente a New York; John Bartlow Martin, "Call it North Country: The Story of the Upper Michigan Peninsula" (Llámelo País Nórdico: La historia de la Pininsula Superior de Michigan); Joheph Kinsey Howard: "Montaña, High, Wide and Handsome" (Montaña, Alta, Ancha y Hermosa); y Thomas Barbour, "That Vanisshing Eden", concerniente a la Florida.

Los libros relativos a problemas nacionales comprenden un importante trabajo hecho en dos tomos por Gunnar Myrsal, sociólogo sueco; y titulado "The American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy" (El Dilema Americano: El problema negro y la moderna democracia americana). El mismo tema empeñó la atención de los líderes negros que escribieron un libro llamado "What the Negro Wants" (Lo que el Negro Quiere), de extraordinaria oportunidad.

Carey Mc Williams abordó también otro problema racial en su libro "Prejudice" The Story of the Japanese Americans" (Prejuicio: la historia de los japoneses-americanos) una narración amarga de la guerra no declarada en el área de la costa del Pacífico contra los japoneses residentes. "TVA Democracy on March" (TVA: La democracia en marcha) de David Lilienthal y "The Valley and Its People" A portrait of TVA por R. L. Duffys y Charles Krutch, presentaron un gran experimento democrático desde ángulos diferentes, entre tanto que el "Empire of the air (El Imperio del Aire) por Matthey Josephson narró la memorable historia de la Pan American Airways; en "The Coming Air Age" (La futura Era del Aire), ¡Reginald B. Cleveland y Leslie E. Neville dieron un panorama práctico del futuro de la aviación en los asuntos mundiales.

CRITICA LITERARIA.—Si el libro tan leído de Van Wyck Brocks "The World of Washington Irving", fué fácilmente el más popular de su clase que se publicó durante el año, el que suscitó la mayor controversia fué "The Literary Fallacy" escrito por Bernard de Voto, y que constituye un ataque abierto no sólo a muchos novelistas contemporáneos sino que también a Brooks, convirtiéndose en un anatema para De Voto desde los días en que se escribió "The Ordeal of Mark Twain" (Las penalidades de Mark Twain) La tesis retadora de De Voto, fué que América era mucho mejor de como mucho de sus escritores la habían descrito.

Algunos escritores, incluyendo a Sinclair Lewis, se encargaron de repudiar las imputaciones de De Voto como causadas por enfermedades psíquicas, diciendo que era la sociedad la enferma y no la gente que trataba de decir la verdad de ella. J. Donald Adams pareció ponerse al lado de De Voto, aunque en una forma muy suave, en su libro titulado "The Shape of Books to Come" (La forma de los libros venideros) que es una consideración del género novelesco contemporáneo especialmente elogioso para las mujeres escritoras. Un significativo interés en revivir la memoria de Henry James se manifestó en el libro escrito por F. O. Matthiessen intitulado "Henry James. The Major Phase" (Henry James: La Fase principal) que es un estudio crítico de los principales trabajos literarios de James, emprendido con el objeto de presentarlo como otro de los voceros de la democracia; éste fué acompañado por la aparición de dos selecciones sobre James, a saber, "Stories of Writers and Artists" (Historia de Escritores y artistas) editada por el propio Matthiessen y "The Great Short Novels of Henry James" (Las grandes novelas cortas de Henry James) editado por Philip Rahve. El libro titulado Herman Melville, "The Tragedy of a Mind" (Herman Melville, La tragedia de una mente) fué un estudio crítico agudo. Howard Mumford Jones produjo un libro intitulado "Ideas for America" (Ideas para América) que es un exhorto hacia un interés mayor en nuestra herencia cultural. Ewin Seaver editó Cross-Section, producto del trabajo de escritores jóvenes y experimentados. La obra de "Growth of American Thought" (La evolución del Pensamiento Americano) escrita por Merle Curti, constituyó otra contribución importante para la historia de nuestro desarrollo cultural.

AMERICA LATINA.—La avalancha de libros sobre la América Latina que hubo en un tiempo, se redujo considerablemente en 1944 pero fué alta la calidad de los escritos. El de Ray Joshes sobre la penosa situación de la Argentina y titulado "Argentine Diary" (Diario de la Argentina) ofreció mucha aclaración.

La obra de Virginia Prewitt titulada "The Americas and Tomorrow" (Las Américas y el mañana) constituyó un buen volumen general de naturaleza periodística. El libro "Timeless México" de Hudson Strode es un trabajo excepcionalmente bien escrito acerca del vecino cercano. Charles Morrow Wilson escribió de "Middle America" (América Central), que es un estudio útil del itsmo centroamericano que incluya además a Cuba, Haiti y la República Dominicana. J. Fred Rippy abordó el futuro desarrollo de nuestras hermanas repúblicas continentales en el libro "Latin America and the industrial Age (Latinoamérica y la era industrial). El libro de Francis Violich, "Cities of Latin America" constituye un estudio autorizado de los problemas de viviendas, con miras hacia los valores humanos concernientes mientras "Aescalapius in Latin America" ofrece una narración de la práctica médica desde los primeros tiempos hasta el presente.

GENERO NOVELESCO.—Como en todos los años recientes, las historias del pasado desempeñaron de nuevo un papel importante en los temas del género novelesco, en cuyo seno está incluída la novela "Deep River" (Río Profundo) de Henrietta Bucmaster, que es una trama delicada del ambiente montañés del sur en el período preciso que antecedió al estallido de la guerra civil. La novela de Howard Fast intitulada "Freedom Road" (Camino de la Libertad) versó sobre el período de la reconstrucción nacional en una forma amigable para los elementos negros en este drama. Edith Pope escribió la novela llamada "Colcorton", relacionada con la región alrededor de San Agustín y su población de Minorca. Frances Gaither relató en la novela "The Red Cock Crows", la historia de un levantamiento esclavo, y notable por el trato igualitario acordado a blancos y negros, cuyas causas de fricción han caracterizado al sur en los años recientes. La novela "The Bolinvars" de Marguerite F. Bayliss, es un animado cuento romántico sobre duelos y cacerías de zorros, Anya Seton es la autora de Dragonwyck, historia novelesca del valle del río Hudson es su período feudal. Constance Robertson escribió "Fire Bell in the Nigth" (La campana del Incendio en la noche), que versó sobre las operaciones ferrocarrileras subterráneas en Syracuse N. Y. y "Lusty Wind from Carolina" escrita por Inglis Fletcher, que continuó la serie de romances históricos principiados por su autor en "Raleigh Eden" (El paraíso de Raleigh). Entre las novelas de la guerra actual la obra corta de Harry Brown, "A Walk in the Sun" (Un paseo en el sol) fué grandemente elogiada. Hobert Douglas Skidmore escribió patéticamente describiendo en "Vally of the Sky" (Valle del Cielo) la guerra aérea del Pacífico. Upton Sinclair escribió el quinto tomo de las series de Lanny Budd, denominado "Presidential Agent" (Agente Presidencial) que sobrepasó en popularidad a los anteriores. Erskine Caldwell escribió con su acostumbrada mezcla de piedad y humorismo "Tragic Ground" (Tierra trágica) novela de gentes pobres del campo, introducidas a la industria. En el libro "Winds of Fears" (Vientos de temor) un periodista, Hodding Carter, discutió de nuevo en forma de novela el odio racial, tomando como escenario un pequeño pueblo sureño. Herbert Bet fué el autor de "Young Un", la historia de una muchacha en el Estado de New York, que recordó a muchos lectores la novela "The Yearling" escrita por Marjorie Kinnan Rawlings. Albert E. Idell prosiguió la historia de la familia Rogers comenzada en "Centenial Summer" (Verano Centenario) publicando "Bridge to Brooklyn" (Puente hacia Broklyn); y "The Lost Weekend" (El fin de semana perdido) de Charles Jackson describió cinco días de la vida de un borracho, constituyendo un notable estudio documental. Resumiendo, no fué un año notable en la historia de la novela americana.

MISCELANEA.—Entre otros destacados libros del año está incluído el escrito por Dixon Wecter y titulado "When Johnny Comes Marching Home" (Cuando Johnny vuelva marchando a la patria), acerca de un soldado que regresa de todas nuestras guerras. La obra "The Book of Naturalist" (El Libro de los Naturalistas) por William Beebe, contiene un estudio biográfico de hombres de ciencia desde Plinio hasta Peatties: Robert Gordon Anderson escribió "The Biography of a Cathedral" (La biografía de una Catedral) relato biográfico medioeval de la Catedral de Notre Dame tan rica y luminosa como un tapiz de Bayeaux.

EL BORRON DE LA HISPANIDAD

(De Babel Santiago de Chile. Septiembre - Octubre de 1944)

Nunca parten de acá estas iniciativas de protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España—y hasta el exceso— manifestaciones de simpatía-y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano ,la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio ni material ni espiritual.

Leopoldo Lugones

Hablar de España es como hablar de nosotros mismos.

Cuando España —después de haber dado el tono, durante largos decenios, a la vida europea y de haber definido un estilo para sus creaciones espirituales— iniciaba en la Península el proceso de su inevitable decadencia, prolongaba en las comarcas de Ultramar, con un vigor restaurado por el contacto con las fuerzas primigenias del nuevo paisaje, un gran destino histórico.

Por eso, nada de lo que se refiere a España puede sernos extraño. Las sociedades de arisca fisonomía, que en fecundo estado de barbarie fueron surgiendo y multiplicándose por obra de sus hombres de empresa, estuvieron desde un comienzo impregnadas del espíritu español, vehículo en estas tierras de los valores de la cultura occidental. Pero, tales sociedades no podían ser el mero eco de la vida peninsular: al diferenciarse, en las peripecias de su particular evolución, no hicieron otra cosa que obedecer a ese "designio de autenticidad", tan característico de todo lo español.

La Independencia de América, fueren cuales fueren los factores que, en primer término, la determinaron, tuvo sobre todo una significación psicológica; nos separamos de España precisamente por ser españoles; al combatirla, demostramos mejor que de cualquier otro modo ser de su carne y de su espíritu. Luego, empezó a redimirse en nosotros. Mientras ella languidecía bajo reyezuelos enfermos, roída por una aristocracia decadente y una Iglesia rapaz, relegada a un papel subalterno en la política europea, provincia fronteriza de la cultura occidental, acá en nuestra América daban promisores brotes sus viejas raíces, anunciando el lento germinar de una conciencia.

España, la España metropolitana, tuvo en su gran época una voluntad ecuménica que se manifestaba en el propósito esencial de incorporar almas a la comunidad cristiana. Los pueblos hispano-americanos han tenido, desde que iniciaron su existencia autónoma, una voluntad de humanidad. Ningún hombre puede sentirse extraño en América. El sentido humano del espíritu español ha alcanzado en nosotros, en virtud de condiciones objetivas especialmente favorables, la plenitud de su expansión.

Por lo mismo que sólo siendo profundamente americanos somos verdaderamente españoles, es decir, fieles a nuestra naturaleza y a nuestro destino, sentimos como un imperativo de conciencia la necesidad de luchar contra lo que tiende a falsear el ser de España, su vital autenticidad. El régimen imperante en España no hace otra cosa a pesar de su insoportable retórica nacionalista. Regresivo, postizo por lo tanto, ha levantado sobre el duro sojuzgamiento de las grandes masas un andamiaje de mitos inoperantes, de los cuales pretende servirse para restaurar situaciones históricas superadas, olvidando en su frenesí reaccionario que el tiempo es irreversible y que la tradición sólo se actualiza en lo que puede tener de incentivo para la creación de inéditas formas de vida.

Así, sus locuaces personeros suelen decir cosas tan pintorescas como estas que aparecieron en el editorial de uno de sus periódicos: "Exigimos las tierras descubiertas y conquistadas por nuestros conquistadores y que nuestros misioneros bautizaron con claros nombres españoles, y que recibirán en breve el honor de reintegrarse a nuestro territorio". Todo ello como expresión de esa "voluntad de imperio" de que alardea el falangismo en su programa confeccionado por bachilleres con lecturas sin digerir. Naturalmente, tales excrecencias periodísticas nada tienen que ver con España ni con nosotros. Pertenecen a la psiquiatría política, tan llena de casos sorprendentes en esta época convulsionada.

No, decididamene, el régimen franquista nada tiene que ver con España, y su "hispanidad", es como casi todo lo suyo un mero fraude. La verdadera España, la España consciente de sí misma, sabe que las naciones que creara con su ejemplo de nación de naciones, mientras más se diferencian de ella, más fieles son a su propio designio. Ellas, al superarla, continuarán su voluntad histórica, acogiendo a los hombres de toda la tierra y preparando superiores realizaciones de cultura. La vigorosa fibra que hay en nosotros, los americanos, se manifiestan ante todo, como en los auténticos españoles, por el culto de los ideales humanos y no por una jactanciosa y grotesca aspiración al predominio.

No existe, por cierto, una raza hispánica como realidad biológica, pero sí hay un espíritu español como realidad cultural. Es este espíritu el que, considerablemente transformado por las exigencias de nuestra historia, alienta la vida colectiva de estos pueblos y la mantiene abierta a todas las fuerzas creadoras de la cultura moderna. Ss este espíritu, también, el que en la propia España permanece inhibido. No ha de tardar, sin embargo, el día en que ha de recuperar su libertad de expresión y de creación. Entonces, el verdadero hispanismo no estará, como ahora, manchado.

Eugenio González

LAS NACIONES PEQUEÑAS

(De El Tiempo. Bogotá, mayo 14 de 1945).

Los hechos materiales, el sentimiento nacional, la difusión de la historia universal y la afición de las gentes a clasificarlo todo, como principio de conocimiento, han dividido a bulto las naciones en grandes y pequeñas, partición que si no se acepta voluntariamente suele ser impuesta por los Estados grandes. Esta clasificación se basa primero en la extensión territorial, según los mapas de más usual consulta. La antigüedad es también criterio de magnitud moral y a veces la cultura en algunas de sus formas puede ser elemento de juicio para medir tal grandeza. Ocurre que la riqueza y la fuerza material tienen significación decisiva en este género de particiones. Pero ninguno de estos varios aspectos tiene valor decisivo por sí sólo y muchas veces dos o tres de ellos no logran sobreponerse a otras condiciones. En ocasión desventurada para Italia y Alemania, representantes de estos países se retiraron de una conferencia mundial del trabajo alegando que no estaba justificada su presencia en un asamblea donde las retardadas repúblicas iberoamericanas podían prevalecer con el número de sus votos sobre las dos naciones de más honda y más antigua cultura de Europa. El representante de Alemania en esa coyuntura estaba artificialmente iluminado, sin lo cual, pues su cultura no sufre de vacíos sustanciales, no se

habría atrevido a asegurar que es más antigua la cultura de Alemania que la de Francia o Gran Bretaña, por ejemplo. La antigüedad de la cultura no es base segura de clasificación, en cuanto a grandeza, porque el Egipto y Grecia la tienen antiquísima y ninguno de los dos pueblos puede aspirar al título de grande con que se han rotulado otras naciones. La extensión territorial enorme no da lugar tampoco a colocar a un Estado entre los grandes de la hora presente. Brasil, a pesar de su enorme superficie, dotada de escasa población, aspira hoy al título de grande por haber tomado con decisión parte activa y conspicua en la guerra que termina. Con todo, como el criterio más sencillo y de más fácil apreciación es la fuerza. las naciones que suponen tenerla se dan a sí mismas el título de grandes, sin que sea posible disputárselo, fuera de los campos de batalla. Y en contingencias como éstas, el hecho suele rectificar las pretensiones y las creencias. Grecia no tuvo el pensamiento antes de esta guerra de ser superior a Italia en un contraste armado, y aun excusó medirse con ella en tal concepto cuando la vergonzosa agresión de Corfú. Sin embargo, en esta guerra la nación helénica probó, sin lugar a duda, ser más grande que Italia en los campos de batalla y en su noción de la moral internacional.

Al terminar la guerra mundial número dos, han desaparecido dos grandes potencias y se ha modificado la posición de otras según el criterio de la fuerza; pero un número corto de ellas ha asumido el título y no hay razón ninguna de hecho ni de derecho que pueda desvirtuar ese modo de medir la capacidad y responsabilidad de un Estado. Para la organización del consejo de seguridad, en cuyas actividades futuras se confía para la proscripción de la guerra en lo futuro, los grandes tendrán el voto definitivo en el señalamiento del agresor y en su castigo o represión, si fuere necesario. El consejo se formará de once miembros, según parece, y en él los grandes tendrán la decisión suprema. Ahora, es verdad que los grandes tienen la palabra en las grandes contingencias de la guerra, pero no son los mejor indicados para la salvaguardia de la paz. A los grandes puede interesarles la guerra, Son siempre los grandes quienes la provocan o promueven, muchas veces fuera de su propio territorio. No se deben dejar las decisiones de la paz o la guerra confiadas tan sólo a las grandes naciones. Si se estudia la historia de la civilización en los últimos dos siglos, se verá que las guerras surgieron siempre de conflictos de intereses, de pretesiones dinásticas o de otras causas consideradas de vida o muerte por los grandes poderes.

Las guerras balcánicas fueron en muchos casos promovidas por naciones más poderosas: en 1912 la Rusia de los zares y el Austria tenían caros intereses en la explosión de ese conflicto. Alemania no era extraña a tan deplorable contraste de fuerza, porque ella quería, como lo quiso en España en 1936, cerciorarse de la eficacia de las nuevas armas en una guerra de extraños.

La paz con que soñó Wilson en 1919 no pudo lograrse porque las grandes potencias no aceptaron unas la misión de guardarla o imponerla y se negaron a formar parte del convenio mientras continuaron las demás en su tarea de provocar las guerras en otros países o contra naciones débiles. Recuérdese el caso lamentable de la guerra entre Turquía y Grecia. Azuzaban entonces al combate dos naciones aliadas. Gran Bretaña le prometía auxilios a Grecia, mientras Francia los enviaba en forma de material de guerra y de consejeros militares. Grecia fué vencida ignominiosamente y cuando el pueblo de la capital pudo pesar las dolorosas causas de su derrota, levantó un cadalso para el gabinete en la plaza de Atenas. Se ha querido hacer el silencio y mantener la oscuridad alrededor de muchos incidentes de esa guerra, y tal vez se hubiera logrado mantener la oscuridad y el silencio si con palabras de fuego no publica Jorge Brandes, en un diario de Copenhague, la burda trama y el trágico desenlace de ese gran fracaso de la Liga de las Naciones. En Corfú una gran nación, o que se imaginaba serlo, mientras ocupaba lugar prominente en la Liga, llevó a cabo contra Grecia la más desantentada de las agresiones. Y de ahí en adelante Manchukuo, Abisinia y España, criminales episodios de agresión iniciada por potencias de primer orden, se cumplieron desafiando a los Estados de la misma categoría cuya posición e intereses los incapacitaban por el momento para defender, como lo estipulaba el pacto de 1919, a los países agredidos. Al revés, los conflictos surgidos, en mucho menor número, entre naciones pequeñas, terminaron con la intervención de la Liga o de naciones moralmente interesadas.

La historia de los últimos cincuenta años justifica la creencia de que las naciones pequeñas son las llamadas a inclinar hacia la paz la conciencia del universo. Fueron ellas las que dieron pruebas más veraces de estar por su cultura y sus sentimientos al nivel de ética internacional imaginado por los hombres que cearon la primera liga internacional para el mantenimiento de la paz. Dinamarca, la nación más culta de Europa, dió ejemplo de su adhesión a las normas de Ginebra, ordenando y realizando, en un mundo terriblemente agitado, su completo desarme.

B. Sanín Cano

PRESENCIA DE DON ELIAS JIMENEZ

(En el Rep. Amer.)

Nacida entre dos guerras, no tuvo nuestra generación, conocimiento cabal del ideario de don Elías Jiménez. En espera de la búsqueda del estudioso, permanece la esencia de su pensamiento privilegiado en las valiosas colecciones de *Reproducción*, *Eos* y *Apuntes*, revistas que editara de su peculio el sabio humanista, en diferentes épocas de su vida.

Los años de aprendizaje en Costa Rica, con las lecciones y la amistad del doctor Ferraz; los estudios en la Sorbona; la lectura de Spencer, Comte y Schopenhauer. He aquí, a grandes rasgos, las más fuertes influencias en su formación.

Más tarde, ya establecida sobre base sólida su amplia constitución intelectual, pudo cambiar impresiones y dialogar —en un verdadero sentido clásico de la palabra— con Jaurés, sobre temas sociales; con el Dr. Lafosse, sobre filosofía y con el doctor Domínguez, sobre literatura y música. Mantuvo por un tiempo correspondencia con Kropotkine, sobre temas científicos.

No tuvo religión. Jamás pudo soportar la palabra espíritu, en un significado de lo que existirá en otra vida. Sincero en su materialismo, "muero sin aprensión alguna en cuanto al más allá", había de escribir al comenzar la redacción de su última voluntad.

En política, se distinguió desde siempre por su marcado anti-estatismo. "En una sociedad tal y como yo la concibo, los honores a los ciudadanos no deben ser conferidos por el Estado", escribió cuando don Ricardo Jiménez Oreamuno hizo ver la conveniencia de que se le nombrase benemérito de la patria "por su saber, su inteligencia y sus virtudes". Recuerdo que una vez, durante el último año de su vida, me mostró la página del Zarathustra titulada *El Estado;* y "aunque esto no es lo mejor de Nietzche, me gusta", me dijo.

Siempre apartada de lo mundano transcurrió su vida. No contrajo matrimonio y aunque no tuvo hijos, vivió rodeado del cariño de muchas gentes. Amaba a los niños y los niños lo querían también. Existe un retrato, el más conocido de los de don Elías, en el cual aparece junto a dos niñitas, hijas de uno de sus sobri-

(Termina en la Pág. siguiente)

LA OBRA DE BERNAL DIAZ

(En el Rep. Amer.)

México, D. F. 27 Julio 45

Mi querido don Joaquín:

Le mando para Repertorio *esa breve semblanza de Bernal Díaz, tan importante siempre y sin embargo tan poco conocido. A mí no me interesan los hombres cultos, sino los ignorantes, y con ellos trabajo ahora, dentro de la campaña pro-alfabeto emprendida por el Srio. de Educación Sr. Torres Bodet. Enseño a leer por las noches, y luego me gusta platicar de los grandes hombres. El otro día conté la historia de Bernal Díaz a un grupo de obreros, y de allí salió la idea de escribir algo sobre el príncipe de los cronistas. Claro está que la colaboración que le envío es "literaria", pero quiero decirle que la idea del artículo nació de mis pláticas a los obreros.*

Un saludo a Amiguetti, a Arturo Echeverría, si los ve.

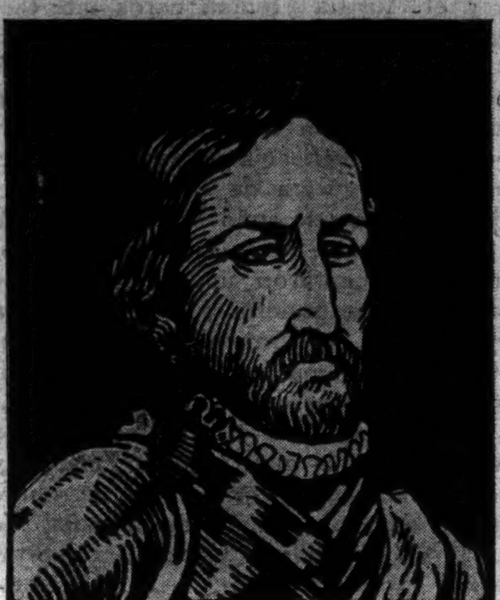
Y Ud. reciba mi acostumbrado abrazo,

A. Cardona Peña

—

La primera curiosidad y rareza que advertimos en la *Conquista de la Nueva España* es que haya sido escrita por un simple soldado sin más arma que la espada, sin haber "cursado latines", guiado de su propio y natural desenfado. Unido al Conquistador por afán de empresa, pudo realizar una obra que supera por muchos conceptos las descripciones de Marco Polo, la imaginería errante de Iben Batuta, las relaciones geográficas de Nearco, toda la literatura del andar y ver, del escudriñar.

Esto nos quiere decir que el siglo xvi, tan pegado a los títulos, asistió al nacimiento de una inteligencia que supo cumplirse al amparo de sí misma; autonomía nobilísima que sobrepasó el engendro mitológico de aquella epopeya del Renacimiento, vuelta hacia la Grecia de los mitos. He aquí que Bernal Díaz del Castillo, inculto y menestral, logra sitiar el talento de la época y abatir el orgullo de los nombres famosos. ¿De qué se vale para ello? De los materiales vivientes y verdaderos del mundo. Bernal es el artista de la realidad.



Bernal Díaz del Castillo

*

el poeta de los hechos tangibles. Su humildad es la más positiva, pues sabe retraerse a su propio dominio para exhibir el fingimiento de los letrados.

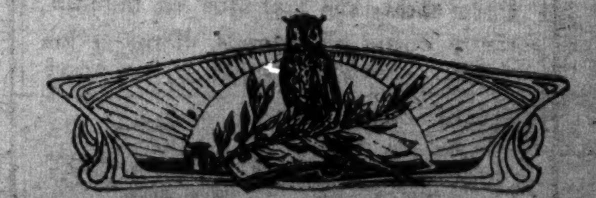
El humilde Bernal, al acabar el libro, no se siente con ánimo de escribir ese prólogo indispensable a la vanidad, donde los campanudos de entonces acostumbraban mostrar su linaje. Para ello, dice, "fuera menester otra elocuencia y retórica mejor que no la mía". Así, con esta llaneza y falta de adorno, con esta desaprensión del estilo, logra el entrometido parlador de Medina del Campo, hijo de Francisco Diaz el rústico, componer la grandeza de una epopeya. En ella hay minucias que irritan, anfibologías que desconciertan, rodeos y hojarascas que oscurecen la mente y cansan la voluntad de la lectura. ¡Pero qué formidable intriga, qué deslumbrante universo! Nunca la realidad ha sido tan fantástica, nunca la verdad tan preñada de asombro. El endemoniado memorista recuerda con facilidad pasmosa millones de batallas, nombres, cifras de ejércitos, lugares transitados, muertes y victorias que a manera de torrente inundan la prosa. Y esto sin necesidad de engaño, rindiéndose a cada momento al testimonio de la experiencia.

"La verdad —escribe este divino engañador— es cosa bendita y sagrada, y todo lo que costra ella dijeren va maldito". Lo importante es que esta verdad, según el propio Bernal, "se parece a las casas de encantamientos que cuentan en el libro de Amadís", y que llega a trascender, en razón a su misma intensidad de ojos y de sangre, el límite impuesto por la lógica. Yo veo en este traslado de la realidad un contacto con lo maravilloso y un nacimiento del verdadero arte. El hombre imaginó primero la naturaleza; la revistió luego de símbolos y atributos. La historia natural, hasta Philolao y Aristarco de Samos, era un continuo mirar el cielo y temer el rayo. La literatura contemporánea de Bernal, para llegar a la épica, se sumía en esa misma actitud. Sobre este cuadro del fingimiento creador, surge la *Historia de la Conquista de la Nueva España*, demostrando que la vida del hombre sobre la tierra es más espectacular que la de los dioses sobre el Olimpo.

Así como a don Quijote se le seca el cerebro de tánto imaginar, a Bernal Díaz se le apaga la vista y el oído de tánto ver y escuchar. Pero está hecho el milagro, y declara, pobre y anciano, que sólo tiene un libro que legar a sus hijos, y que esto le basta. El libro pasa inadvertido varios siglos. En el xvii se le vitupera. En el xviii se le rectifica, y en el xix se le exalta. ¿Qué tiene ese interminable relato de cosas viejas? Tiene un valor histórico jamás desmentido, puesto que de él parten no sólo conclusiones originales, sino material importantísimo a la moderna investigación. Tiene valor literario, ya que pone a vibrar el lenguaje del pueblo, mondo y lirondo como quería Unamuno, sin afeite ni ropaje prestado. Tiene, finalmente, valor humano, porque los personajes que en él intervienen son de carne y hueso y pasión. Se llaman el capitán don Hernán Cortés, fundador de la nacionalidad de un pueblo, genio y osadía; la Malinche, tierna flor indígena, puente de unión sobre el que pasa la sangre y el idioma; Moctezuma el doliente, sacrificado en el ocaso del imperio, último gemido de la raza sometida.

Ellos compendian el drama de un mundo, la lucha de dos fuerzas anímicas y el nacimiento de una civilización que se mueve en la dilatada llanura y el esplendor de las estrellas innumerables.

Alfredo Cardona Peña



—

nos, señalando hacia una pizarra en que aparece
nos, señalando hacia una pizarra en que aparece,
escrito por su mano: "Cuando sembré rosales, coseché siempre rosas".

Había logrado constituir un fuerte capital, que reportó varios años antes de su muerte entre sus sobrinos y sus empleados antiguos.

*

En esta tarde he permanecido evocando su presencia y he creído ver ante mí, durante largo rato, la familiar figura del ausente. La gorra gris, y el vestido negro eterno; los anteojos de aro negro, aumentando la expresión de su mirada amistosa y profunda.

De los labios que tántas cosas sabias pronunciaron, brotaba suave un verso. El verso que tántas veces dijo, recordando la Francia finisecular de su juventud, con los recuerdos de sus estudios intensos, de sus meditaciones hondas; la Francia que conservaba los restos de su "amada inmortal", de su novia de joven. Y era el verso:

"Elle était de ce monde, oú les plus belles choses ont le pire destin.
Et Rose, elle a vecu ce que vivent les roses: l'espace d'un matin."

Gerardo Fernández Durán

Costa Rica, Noviembre del 45.

ELIAS JIMENEZ ROJAS

(Envío del autor)

La tumba cierra un cielo para abrir otro cielo... - Sully Proudhom

La muerte para algunos privilegiados es el comienzo de su eternidad. Y los que han disputado en esta tierra la virtud de ese otro cielo, son los que verticalizaron su vida entre deberes e ideales. Nueva vida, otro mundo para el que tramonta lo infinito de manos con la gloria; no ha ser precisamente la anunciada con vítores de elementos innecesarios, sino las más veces apacible y casi anónima vida consagrada al sacerdocio de la ciencia y de la idea.

Elías Jiménez Rojas fué puntual a la cita con lo eterno. El hombre de ciencia, el sabio de laboratorio, concretó una vez más el destino de aquella ejemplarizada vida ajustándola al minuto regulador. Como un acto natural: soltó el tubo de ensayos, miró el reloj y se dispuso al descanso que merecía...

Fué cultor de todas las formas, plegado siempre a las manifestaciones del espíritu. Así lo encontró la muerte; sin desmayar jamás en el entero dominio de todas sus facetas; en plenitud de su vida porque fué ésta plena de brillante emoción tras lo desconocido. No tuvo el más ligero asomo de ocaso intelectual ni descenso alguno que justificara el menor quebranto senil. Pensaba siempre como hombre maduro y escribía como un retórico; su ancianidad física era un aporte de viva constancia dentro del ímpetu experimental y un rumbo de confianza en su labor. Se sostuvo en sus ideas, en el molde prefijado de su liberalismo científico, al que pertenecieron aquellos ilustres patricios que fueron D. Cleto y don Ricardo. En este aspecto puede decirse que don Elías hizo escuela en Centro América. Fué profundo en la idea, en el análisis de todas los problemas y en la síntesis de todos los recursos. Valoró como pocos el tiempo, no en provecho de materiales conquistas sino en principio de útiles provechos científicos.

Fué su botica "casa del pobre". Allí recibían a diario consuelo y recursos infinidad de necesitados que tenían fe en don Elías. Para él la vida fué eso: una progresión de servicio, un culto por la ciencia y un himno entusiasta por la naturaleza. Amaba en ésta como Renán, la obra del Creador. Amaba el orden y la disciplina y había en sus gestos y en sus actos ese tono de superioridad que distingue al sabio, al esteta y al místico... Así fué don Elías. Maestro ante todo. Maestro por vocación y sabio por el constante afán de superación.

Deseaba morir sin violencia de una queja, sin derramar una lágrima y sin lamentarse de la vida. Así murió.

"Le doy la razón a Eurípides" — me decía una vez—; "no considero razonable al hombre que hallándose próximo a morir, se lamenta cobardemente por ello. De un mal hace dos: se atormenta, y no por ello deja de morir".

De don Elías hemos aprendido inolvidables lecciones. Allí de pie, apoyados en el "mostrador" de su botica, hemos oído aquel desgranar de sugerencias que eran su palabra, palabra hecha música de luz que aún vibra en nuestra alma.

Maximiliano de Lowenthal



Don Elías escribe unos versos de Amado Nervo.
Nany y Cecilia, hijas de su sobrino Emilio, ponen atención.

TODA UN VIDA PARA EL BIEN

Bodas de Oro de Mere Benoní

(Envío de la autora)

Corría el año de 1876 y mi abuelo materno Manuel Argüello Mora, a la sazón Ministro de Fomento del General don Tomás Guardia, habiendo conocido en Francia las congregaciones de Sión, tuvo la idea de traer a Costa Rica una de éstas, y dos años después se cristalizaba el proyecto, pues el General Guardia, comprensivo y generoso, accedió a sus deseos, y fué ya una realidad la llegada a Alajuela en el año de 1878 de las muy ilustres Hermanas de Sión.

En 1895 llega al país una novicia de aspecto procero y ademanes reales, y el 15 de Octubre de ese mismo año profesa la que hoy responde al nombre religioso de Mere Benoní. En 1939 la envían a Rumanía, su patria, después de 42 años de servicio y desgraciadamente estalla la conflagración europea, que ha puesto un hondo pavor en todos los ánimos, y ya no pudo regresar al país.

Hoy cumple sus Bodas de Oro Mere Benoní, 50 años dedicados a la enseñanza, a moldear corazones para el bien y la virtud. Su solo nombre envocador nos lleva tiempos atrás y la vemos como entonces, diligente y enérgica, como una madre llena de recursos. Esta Casa de Sión cuyo ambiente y normas son aún las mismas de nuestros tiempos juveniles, nos ayudará a recordarla con aquel grato sentimiento que perdura en todos los corazones de las que fuimos sus discípulas. Porque todas la amamos entrañablemente con la profundidad de las cosas serias y de los afectos perdurables, porque supo encender la fé en nuestras almas, porque puso amor en la palabra y en el gesto infundiendo la esperanza que nos debía guiar en los contratiempos de la vida. El tono de su voz suave y convincente, que conmovía siempre, tenía el privilegio de las cosas milagrosas.

Hasta para despertarnos en la madrugada nebulosa, cuando decía "Sursum Corda", daba la alegría del motivo de vivir. Luego, aquel espíritu preclaro y aquellas manos ágiles y finas, dirigiendo con acierto los arduos problemas del día, y las lecciones más áridas y abstractas, cobraban al conjuro de su palabra una importancia seductora que amenizaba las horas. Esas fueron las bases sobre las cuales edificamos nuestras vidas y todas las que fuimos sus discípulas sentimos constantemente la emoción profunda que despedía su cálida personalidad. Mere Benoní es una altísima sembradora del bien y una rosa en el jardín de la fina comprensión. Su conversación íntima, cuando ella solía llamarnos a solas en reprimenda de alguna falta cometida, era de tan gran acierto, que la traducíamos inmediatamente en un esfuerzo disciplinario. Su ausencia, que va ya para siete años, nos da ocasión de comentar su vida, no con palabras de elogio que no las necesita, sino con conceptos escogidos de sus propias obras. Mere Benoní es un símbolo de luz que ha iluminado muchos caminos y fortalecido muchos corazones. Fué eminente maestra de novicias, cuyos cerebros moldeó en las más puras virtudes cristianas y con el más acendrado amor religioso. Su obra perdurará al través de las generaciones venideras porque el surco que abrió en nuestros espíritus fué hondo y certero.

No es posible hablar de Mere Benoní, sin que acudan a la mente, abiertos por la milagrosa llave de la evocación, aquellos gratos tiempos de ventura inefable, en que nuestra alma cándida, con la can-

didez de los corderos pascuales, recibía de su palabra el agua lustral de la humana sabiduría.

De sus labios empalidecidos por la abstinencia y la oración día con día fluía el consejo acertado, el ejemplo persuasivo, el acicate de la clara comprensión, y era de ver como en nuestros tiernos cerebros se plasmaban las luces de su doctrina, con la simplísima certeza con que llega al alma el calorcillo perdurable de un afecto.

Bodas de Oro de Mere Benoní, cincuenta años que hoy festeja el Colegio de Sión, cincuenta años consagrados al bien y al magisterio, entre vicisitudes y estrecheces, son como cincuenta piedras blancas tendidas en el camino de la República, por donde han pasado muchas generaciones de mujeres costarricenses, educadas en la virtud y en los más sanos principios de moral. No acude a mi memoria frágil la palabra estricta, el justo vocablo, el adecuado término de homenaje que pueda precisar esta labor ennoblecedora de medio siglo, consagrada a sembrar en los corazones femeninos el grano del buen conocimiento.

Como aquellas santas princesas de los florilegios místicos, Mere Benoní, pasa por la vida y a lo largo de todos los senderos iluminando los corazones con la encantada lamparilla de su sabiduría, y lo mismo deja una gota del óleo de su enseñanza en el alma de la que nació con fortuna como en las de aquéllas que golpeó la malandanza.

Al evocarla con fervor en sus Bodas de Oro y memorar las encantadas horas de clase, en que de su verbo manaba el hilo claro de su fuerza convincente, o surgía la artística labor de sus manos egregias, no puedo menos de sentir una suave nostalgia de ausencia, como cuando perdemos el bien que más amamos en la vida.

Luis de Gonzaga, flor de pureza, encarna un símbolo en su vida. Teresa de Jesús, estrella de sapiencia, es un emblema en su misión. ¡Mere Benoní, abnegada hermana en la gracia perfecta del espíritu, os debo lo mejor en mi vida!

Carlota Brenes de Rizo

Costa Rica, 1945.

Memorias de una muchacha proletaria

NO QUIERO QUE MI HIJA SEA OTRA MULA DE CARGA

(Envío de C. L. Son páginas de un libro que se está escribiendo)

Una mañana salimos del mercado mi padre y yo cargados de sacos y de canastos llenos de papas, maíz, carne de chancho y rollos de hojas de plátano, para que mis tías y mi madre hicieran cientos de tamales que les habían encargado en varias cafeterías y pulperías de la ciudad.

Bajábamos la cuesta pedregosa del mercado, buscando el barrio del hospital. Caminábamos a prisa, bajo un sol tan picante, que la carga sobre nuestras espaldas, parecía echar llamas.

—Adiós, Olga! Qué se ha hecho que no la he vuelto a ver?

Busqué entre aquel barullo del mercado, la voz cariñosa que me saludaba. Era mi maestra del año pasado, la niña Cristina.

—Salude, a su maestra — Vaya!, contéstele, dijo mi padre empujándome hacia ella.

—Buenos días, niña Cristina — Cómo está? le dije tímidamente, mientras escondía bajo los canastos mis zapatos viejos y tristes.

—Idiay, señor? Qué piensa hacer con Olga? La van a dejar sin entrar a la Normal?

—Es muy difícil para nosotros, Niña Cristina.

—Dios guarde! Tienen Uds. que hacer todo lo posible para que esa muchachita no se pierda. Es lástima. Tarde o temprano les pesaría ese descuido.

—A mí me gustaría muchísimo que pudiera estudiar para que no fuera tan bruta como nosotros. Pero ya Ud. sabe, eso de estudiar para nosotros los pobres es un lujo. Con trabajos podemos aprender a leer y a escribir!

—No. No, sea como sea, tienen que ponerla en la Normal. Ya sabe, cuenten conmigo. Yo les ayudaré en todo lo que pueda. Oigan mi consejo. Algún día me lo agradecerán...

—Bueno, niña Cristina. Muchas gracias. Adiós.

Alzamos de nuevo la carga y apuramos el paso.

—Oíste lo que dijo la Niña Cristina? Te gustaría entrar a la Normal?

—Ay, no! Qué vergüenza! Y la pobre mamá, ¿cómo la vamos a dejar sola, con toda la obligación? ¿Y de dónde cogemos dinero para pagar la matrícula?

—Qué es ese cuento de vergüenzas? Acaso no sos igual que los demás? Tenés que entrar! Ya veremos, de algún modo salimos de enredos.

Seguimos caminando en silencio, jadeando bajo aquel sol ingrato. Yo seguía las hüellas que sobre el barro iban dejando aquellos zapatones viejos y feos de mi padre.

—Idiay muchacha ,en qué vas pensando?, por qué te has quedado tan atrás?

Hacía mucho sol y mucho calor, pero las palabras de la maestra refrescaron y sorprendieron mi corazón, arrancándolo de aquel barullo del mercado.

Allá lejos quedó el barullo. Yo sólo oía ahora la voz amable de la niña Cristina! "Tienen que poner a Olga en la Normal! Es una lástima que se pierda esa muchachita".

Qué linda la Escuela Normal, con aquella gran escala que se levanta desde la puerta hasta los corredores de arriba, donde se oyen las risas alegres de los muchachos y de las muchachas! Qué importantes los señores profesores! Tantas ventanas llenas de luz! Qué grandes pizarras! Qué alegres se oyen las canciones que cantan los estudiantes en el salón de la Normal! —Qué suciós y qué feos los zapatones de mi padre! Qué torcidas y rotas mis zapatillas!

¿Cómo podríamos pisar alguna vez el linoleun verde de aquella magnífica escala de la Normal?

Mi madre nos esperaba impaciente para empezar la gran tarea de hacer doscientos tamales de encargo. Los viernes y los sábados apuraba el trabajo. Nadie tenía derecho a perder ni un minuto de tiempo. Para todos había mucho oficio que hacer; puesto que todos comíamos, todos debíamos doblarnos sobre el trabajo, si queríamos tener seguros el arroz, los frijoles y el agua dulce.

A los más güilas, les tocaba limpiar las hojas de plátano y partir las amarras, que desde la noche anterior se dejaban en agua para que amanecieran suaves. A los mayorcitos les tocaba pelar grandes cargas de papas cocinadas. A la gente grande, picar la carne de chancho, lavar el maíz caliente en grandes canastos y guisar el arroz bien colorado de achiote.

No había en ese tiempo molinos eléctricos para moler el maíz. Pero los brazos fuertes de mi prima Carmen, giraban y giraban tres y cuatro horas quebrando el maíz en una máquina roja marca Moctezuma, montada en una burra del corredor. La masa salía blanca y caliente, con pedacitos rojos de chile picante y piedritas menudas de chicharrón molido.

La frente, las mejillas y los brazos de mi prima Carmen, quedaban bañados en sudor; cuando se detenía a descansar le temblaban solos los músculos de los brazos y las piernas, golpeados por el brutal ejercicio.

Un terrón de dulce y unos granitos de maíz, a la boca, para apagar la sed, y adelante con la tarea. No se podía perder tiempo, ni descansar un minuto, cuando ya mis dos tías y mi madre, estaban listas, rodeadas de ollas y cazuelas repletas de carne y arroz para dar principio a la gran tamaleada.

Ese fué el ambiente y el trajín de nuestra casa durante muchos años de infancia y de juventud. Mi madre era la empresaria que repartía el trabajo y hacía cumplir todas las órdenes mientras revolvía en una gran palangana todos los ingredientes de esa industria del maíz.

Muy lejos había quedado el barullo del mercado; pero nuestra casa era igual o peor que el mercado de la ciudad.

Mi padre y yo tiramos toda la carga sobre unos cajones de la cocina. Los güilas corrieron a registrar los sacos para buscar las famosas melcochas negras del mercado.

—Nos encontramos a la niña Cristina, allí por la botica, dijo mi padre mientras se secaba el sudor y buscaba un banco para descansar y para poder contar el cuento con lujo de detalles.

—Dice la niña Cristina, que tenemos que poner a Olga en la Normal. Que es una barbaridad que la dejemos en la casa siendo tan inteligente y tan estudiosa. Nos prometió ayudarnos en todo lo que pudiera.

Esta recomendación de la buena maestra, cayó como una bomba en la familia

y provocó las más vehementes protestas y comentarios, y se armó la gran discusión para analizar este asunto bajo las opiniones de mis tíos zapateros y de mis tías y primas lavanderas y costureras.

Todos opinaban, discutían, gritaban y se burlaban, porque consideraban fuera de la tradición familiar, que alguno pretendiera ganarse la vida, por otros medios que no fueran el trabajo de las manos y de los brazos.

—¿Qué es ese cuento de seguir con los libros para arriba y para abajo? Eso es pura vagamundería, decía mi tía, mientras atizaba el fuego y revolcaba las chispas.

—Quién nos mete a nosotros con una maestrilla entre la casa? No tiene uno ni para los frijoles y va a tener para esas pijadas.

—¿No nos hemos ganado la vida, sin necesidad de tanto libro, ni de placas, ni títulos?, gritó mi primo majando con toda alma el cuero húmedo sobre la plancha de hierro.

—Eso son puros lujos propios para los de arriba. Lo que va a salir de esa muchacha, es una señoritinga que no va a saber ni guisar una cazuela de arroz. Ya la verán como aquella manitas limpias, que a cuenta de maestra no lava ni el plato en que come. Qué necesidad hay de esa vagamundería? ¿No nos hemos ganado siempre la vida honradamente a punta de batea, de máquina y de plancha?, dijo mi prima secándose la espuma de jabón en su gran delantal de mezclilla.

Mi madre bajaba las ollas de maíz caliente y las volcaba en los canastos para lavarlo en la pila; el agua turbia de ceniza salpicaba sus pies metidos en unas grandes chancletas.

—Todo eso que Uds. dicen es muy cierto y gracias a Dios y a nuestro trabajo, hemos podido vivir honradamente, dijo mi madre, mientras desaguaba el maíz en la pila. Pero la verdad es que todos, desde el más viejo hasta el más pequeño, no somos más que simples mulas de carga.

Cuántas horas hay que estar pegado a la batea para ganarse tristes quince pesos?

Y cuántas horas pegado de la plancha, de la máquina y del fogón para ganarse siquiera el arroz y los frijoles de un semana?

Yo seré muy pretenciosa y muy aspirante, pero yo sí les digo que no hay razón para que los hijos de uno sigan viviendo en este infierno de vida, que es como una maldición perenne sobre uno. ¿Cómo no va a ser más cómodo y más decente, poder ganarse cien pesos como maestra, que ganarse veinte colones lavando y planchando?

Uds. podrán chillar y criticarme cuanto quieran, pero lo que somos nosotros ponemos a Olga en la Normal, como nos aconseja la niña Cristina.

—Pero están Uds. locos? De dónde van a coger dinero para pagar matrícula, útiles, uniformes y todas las demás cargas de la Normal?, repuso mi tía restregando con más fuerza una gran sábana blanca en la batea.

—Pues niñá, si uno tiene fuerzas para trabajar aunque sea quemándose el hilo de la vida, tiene derecho y obligación de querer otra suerte mejor para sus hijos.

De algo me han de servir estos dos dedos de frente que Dios me dió. Siquiera para no ser tan bruta y para no permitir que Olga sea otra mula de carga como su madre.

Mi muchacha va a la Normal!, brinque quien brinque. Y digan lo que quieran. Para eso me estoy sudando día y noche pegada a la batea y a la plancha.

Así, bajo la firmeza de aquellos brazos incansables, quedó decidido y decretado por mi madre, el acuerdo de que yo iría a la Normal a hacerme maestra. Por primera vez en esta familia de lavanderas, zapateros y costureras, se rompía la traidición de no ganarse el pan con el trabajo de los brazos y de las manos.

Poder ganar como maestra cien colones al mes! Qué fortuna! Qué porvenir brillante! Qué feliz la hija de esta lavandera!

Lo que yo fuera a aprender en las aulas de la Normal, eso no tenía ninguna importancia, eso nadie lo discutía.

¿Acaso se había oído alguna vez la palabra cultura en aquel barullo saturado de humo grasiento, en aquel ambiente de ollas, de maíz y canastos llenos de tamales calientes, sacos de carbón, montones de leña, bateas, cajones y güilas gritando?

Mi madre había decretado con toda energía que su hija no sería otra mula de carga y si ella lo había decidido había que cumplirlo al poder de los poderes. Para eso estaban sus brazos fuertes trabajando desde las 4 de la mañana hasta las diez de la noche, sin un minuto de descanso.

A la Normal, pues, la hija de esta lavandera! El lunes iría mi padre a matricularme como estudiante de la Escuela Normal de Costa Rica.

Amaneció este lunes más temprano que nunca y había un trajín y una preocupación en la casa, como si se tratara de los preparativos para un gran acontecimiento: unas bodas o un viaje al exterior.

Empecé por raspar el barro a mis zapatillas torcidas y a fuerza de betún y cepillo logré ponerlas brillantes y decentes. Cuando yo sea maestra me compraré tres pares de zapatillas: unas negras, otras cafés y otras blancas...

—Vení acá para restregarte bien esa cabeza, — dijo mi madre desenvolviendo una tuza de jabon de chancho. Armada de un gran peine, agua y jabón, me restregó el cráneo, las orejas, el cuello y los codos, con sus manos de lavandera, que sabían arrancar la tierra y el sudor de las ropas más sucias, hasta dejarlas blancas y limpias. Así, bien limpia y bien lavada como la ropa que salía de sus manos, así me dejó lista, para salir de aquella casita humilde hacia la gran Escuela Normal.

Mi padre se puso su mejor camisa, se limpió los zapatos como sólo lo hacía en día domingo y yo fuí toda emocionada a buscar la nota que guardaba en el fondo de un cajón, debajo de la cama.

—Apúrense! Váyanse ligero para que les rinda el tiempo — dijo mi madre para disimular su emoción...

—Hasta luego, mamá.

—Hasta luego. Dios los lleve con bien. Saludes a la niña Cristina. Dejen la baranda puesta para que no se salgan los muchachos

Allí sobre un barril quedó vacía la tuza del jabón de chancho y una palanganilla de lata.

Era día lunes — Diez docenas de ropa sucia esperaban sobre la batea las manos fuertes de mi madre. Ella tenía que seguir siendo mula de carga toda su vida.

Luisa González

Costa Rica, Octubre del 45.

EL RETORNO DE LOS JUDIOS A SU PATRIA

(Envío de la autora)

Ese retorno de los judíos a Palestina, será ! Porque está escrito. Porque vemos en vías de cumplirse cuanto está profetizado.

Esta guerra pasada no fué casualidad, ni un incidente momentáneo. Estaba anunciada hace dos mil años.

La bomba atómica, la guerra de aviones (langostas), la especulación y mucho más fué dado en profecía apocalíptica. El hombre puede decir cuanto quiera —aceptar o dudar— pero los hechos tienen fuerza real. Por eso aún temo a Alemania y a Japón.

En cuanto a los judíos dispersos por el mundo, sin patria, hostilizados, perseguidos, diezmados, no cabe duda de que volverán a su tierra. Como se cumplió la primera parte de la profecía habrá de cumplirse la segunda. ¿Cuando? ¿Ahora, ya, o pasando tiempos? Eso lo veremos. No corre prisa adelantar juicios en lo que no depende de los hombres. Aunque presumimos de poderosos, no somos más que fantoches movidos por cordeles arcanos.

El pueblo judío regresará a Palestina. Tendrá su patria. Descansarán ellos y descansará el mundo del peso de una injusticia, de que todos los hombres no gocen de la felicidad dejada a todos los hombres como herencia.

No hay que hacer excepción de chinos, negros, o judíos, de indios rojos o de caucásicos. Ya tenemos edad y cultura suficientes para dejarnos de prejuicios.

El género humano se divide en *buenos* y *equivocados*. Eso, para que los buenos entren es prudente defensa. Eso, para que los buenos ejerciten la excelsitud y el poder de su bondad en la regeneración de los otros. En Dios debemos reunirnos todos algún día, aunque transcurran las "edades". Ejercitemos el poco de bondad

que tenemos, no sea que atraigamos el castigo impuesto a aquél que temeroso enterró las monedas y no las empleó, para devolverlas íntegras, según la parábola. El bondadoso que ejercita la bondad, la acrece y derrama frescor —del que él mismo disfruta— en el desierto del mundo.

Esperemos la fuerza arcana que moverá a los judíos hacia Palestina, y ayudemos. Tal vez esa fuerza ha comenzado a actuar. Ay, de los que opongan endebles diques al huracán de la Voluntad Suprema!

Volverán los judíos a su patria, y el Señor entrará con ellos. Volverá el mundo a la paz, y vendrá el Reino de Dios, que pedimos en el Padrenuestro.

Auristela C. de Jiménez

San José, Costa Rica, Octubre de 1945.

SE NOS FUE MARGARITA ESQUIVEL

(Envío de la autora)

A su entrañable amiga Hilda Chen Apuy.

Al dolor ineludible de su separación definitiva se une la amargura de saber que su vida plena de una sincerísima devoción por Costa Rica, sólo fué comprendida por unos cuantos patriotas con decoro. Muchos fueron indiferentes porque sólo la conocieron de oídas, y un pequeño número clavó su garra feral hasta que la vió morir. Eso es terriblemente injusto y suscita en mí una agresión que reprimo porque a nada positivo conduciría el desahogarla.

Sin embargo, diré que la tristeza y el desaliento me embargan una vez más al ver que nuestros mejores elementos se malogran, vidas y esperanzas, debido a la pequeñez de nuestro ambiente. El que no huye, vive y muere desengañado como le sucedió a Margarita Esquivel.

Quien disfrutó de su amistad preciosa, la tendrá siempre en su cordial recuerdo. Era un espíritu en dación perpetua y silenciosa. Había que conocerla. Había que hablar con ella de sus proyectos y trabajos artísticos. Había que ver el entusiasmo y la fe con que laboraba cada día. Mirarla de cerca en su actitud comprensiva ante los ataques negativos y crueles de los "resentidos" en nuestra tierruca. Yo elogié calurosamente a Margarita Esquivel. Yo critiqué con severidad lo que no— me pareció bien. Ni una leve sombra apareció en la claridad de nuestro cariño.

—Siga, Lilia, con su crítica. Yo la acepto con entereza cuando la sé honrada y constructiva como la suya.

Son palabras suyas a las que siempre respondió con hechos.

Jamás olvidaré la noche en que, después de nuestras respectivas lecciones en la Universidad de Columbia, nos encontramos en Broadway. Estaba muy contenta de saberme feliz en New York y muy complacida con la amistad de la genial Martha Graham. Luego la vi transfigurarse al hablar; me pareció más fuerte, muy alta. Su voz concitada por la emoción ferviente tenía inflexiones que no le conocía. Estaba poseída por una especie de éxtasis cuando exclamó:

"Todo adquiere un gran sentido para mí cuando pienso en Costa Rica y en lo mucho que puede hacerse allá. Mil proyectos bullen en mi cabeza ahora y otros tantos se sumarán a ellos durante mi estada en México. Estoy llena de ilusiones porque, sin duda alguna, nuestro ambiente ha mejorado mucho".

Y ante un gesto desaprobador mío, agregó con inusitado énfasis:

"Se lo aseguro, Lilia. Yo no quiero pensar en que Ud. permanezca aquí. Debemos aunar nuestros esfuerzos, aunque nuestros ideales sean diferentes. Yo adoro a Costa Rica y pienso que debemos trabajar por su engrandecimiento, aun a costa de grandes sacrificios".

Días después, Hilda Chen Apuy y yo, embriagadas de felicidad, recorríamos Riverside Drive hablando del amor profundo de Margarita por su tierra y de la incomprensión que la rodeaba.

"Hasta pronto Lilia", me dijo la amiga dilecta y admirada en la primavera del 44 y en la ciudad de las mil y una maravillas. Y no pude verla más. Es muy honda la pena de haber perdido a Margarita Esquivel!

Lilia Ramos

Hartford, Connecticut, EE. UU. Julio de 1945

EVOCANDO A MARGARITA ESQUIVEL R.

(Envío de la autora)

¡Margarita Esquivel Rohrmoser!: llama que se consumió en el altar de las Artes. Su silueta fina, flexible; su cuerpo que era todo un incendio de amor por la belleza; su ritmo apasionante y dramático; su espíritu noble y tan grande que tantas veces me sorprendió con nuevos gestos de amplitud y generosidad: Margarita: grande artista, grande alma, corazón sin límites en su bondad.

Todo en mí dice hoy su nombre: porque estuve a su lado muchos días inolvidables en la gran urbe neoyorquina; porque pude vislumbrar cuánta exquisitez había en todo su ser; porque en los años pasados en la Escuela de Ballet Tico, ella me dió tanto con su ejemplo de enamorada de todas las bellas formas de la vida; por eso, porque la admiré incondicionalmente en su labor cultural y creadora, la evoco hoy intensa, dolorosamente, y en vano las miradas se cuelgan como alas mustias del blanco y negro de su retrato. Está allí, desde lo alto, mirándome con sus ojos tristes, profundos y soñadores. Ella, que viera tantas formas moviéndose bajo la direción de su ritmo sublime, sigue contemplando en otros mundos la eterna poesía del movimiento universal.

¡Margarita! Cuánto diste, porque sí, sin pedir nada en cambio: que las grandes personalidades son regias en su acto de dar. Y ella dió a manos llenas: fué voz inspiradora para quienes tuvimos la dicha de estar bajo su dirección; fué sembrando su paso con polvo sideral, con simientes que esperaba ver brotar y desarrollarse en milagro de luz y color; y así hoy, en la noche que ha dejado su desaparición, no todo se ha ido con ella: en la profundidad de nuestra pena, y mezclamos con nuestro llanto, evocamos sus actos, sus palabras, sus miradas, y todo ello brilla en el recuerdo con luz de inspiración y amor.

¡Margarita! Fuiste toda tú una llama que danzó como fuego votivo ante el eterno ideal de armonía. No, no has muerto; morir es desaparecer, y tú no puedes desaparecer. Queda tu recuerdo imperecedero, tu voz que va por el éter como música inspiradora que llama a los espíritus jóvenes, a los cuerpos que llevan en sí tu simiente de belleza; y tu ensueño de una juventud que debe danzar como máxima expresión artística, seguirá envolviendo con su mágico azul a quienes pueden oírte...

¡Margarita Esquivel Rohrmoser!...

Hilda Chen Apuy

Iowa City, Iowa, EE. UU.
16, octubre, 1945.



NUEVOS SONES DE LA LIRA COSTARRICENSE

(En el Rep. Amer.)

Apenas una voz

Abierto el pecho al grito tengo.
Abierto el pecho al grito, tengo.
Y cómo no tenerlo,
si ausencia y tiempo, unidos,
derribaron la gracia
que ordenara la gracia de tu gesto;
si tu partida me dejó en el alma
el incierto sabor de un dolor nuevo.
Y cómo no tenerlo, si
huérfano de tu luz
camino ciego.
Poco a poco,
en mi memoria te has ido diluyendo,
y es, como si el recuerdo
fuese una muriente campana
cuya voz
buscara la ribera del silencio.
Como si el viento jugara con tu voz
y te llevara más allá, más lejos.
Como si el viento,
a cuya vera
se derramó tu aliento jardinero,
jugara con tu voz,
y te llevara más allá, más lejos.
Para el espejo vivo de la fuente,
para el espejo muerto,
para mí, para el tiempo
y para todos, se alzará el cruel dolor
de haber ido perdiendo tu recuerdo.
Hasta que al fin llegados a un recodo del [tiempo
te encuentre yo de nuevo,
como una voz que fuera ya silencio
como una voz que fuera casi eco.

Enrique Mora Salas

Agosto de 1945.

He querido cantar...

He querido cantar
un poema de amor profundo.
Como la hoja que reverdece
y nunca muere,
porque no muere la rama
que sostiene su florecer fecundo.
Como la piedra que quiebra,
y permanece,
porque la tierra es fértil
y es guarida inmutable
en que la piedra se guarece.
No como el sol. Como la luna,
que si no se acompaña de celajes,
o de una estrella que la nube azul azula,
para el poeta, se muere,
y para el ser que quiere
aprisionar nostalgias
que la luna aflora,
la nostalgia, se muere,
y la luna, convalece.
¿Podrá ser,
—como la hoja, la piedra o la luna—,
el amor de una mujer?
Si no miramos la hoja,
verde, a la rama unida;
si sólo entendemos la piedra
en el camino partida;
si aprisionamos la luna
sin celajes, sin estrellas,
jamás podremos gozar
de este secreto nocturno.
He querido cantar
un poema de amor profundo.

Arturo Montero Vega

16 de mayo de 1945.

Momento

Hoy siento esa fatiga de perfumes
que hace morir las rosas en la tarde,
y una humilde fragancia dolorosa
hoy yo siento llegar hasta mi carne.

Hoy mi simple herida definida
el mensaje comprende de otras llagas
y esta raíz constante de mi grito
hoy aquieta su sed de exacta savia.

La muerte detenida en este instante
es simple y amigable como el llanto
y el oculto silencio de su nombre
llenó de claridades mis dos manos...

Hoy, minero de mi propia angustia,
cavé mi mineral de turbia historia,
y en la obscura vigilia de mis sueños
hallé el silencio frágil de las sombras...

No el llanto, ni el dolor, ni la tristeza...
Un simple y breve hastío de perfumes,
un lento disolverse sin medida,
una alma que a sí misma se consume.

Hasta el recuerdo tiembla transparente
cuando enturbiarlo quiere voz extraña
E incolora protesta el labio brota
disolviendo el jardín de la mañana.

Hoy,
hoy siento esa fatiga de perfumes
que hace morir las rosas en la tarde...

Allen Pérez Chaverri

1945.

Al pie de tu perfume

Oh, centinela al pie de tu perfume
mi corazón tu claridad sorprende,
y de tu luz, en mi rosal nacida,
su cosecha de músicas aprehende.

Eco del agua sobre el cielo vivo,
fugaz en todo y en todo eternamente,
oigo tu voz alada y cristalina
que mis raíces de tristeza asciende.

Y tu recuerdo llevo hasta el lucero
—peregrina sonrisa de la fuente—
y escalo poco a poco tu mirada
jugándome a la vida o a la muerte...

Y llevo a la nostalgia mi palabra
y esa visión de pétalos que emerges,
y hasta a la miel mi poema para ti,
sangre fingida de tu abeja breve...

Tu soledad, apenas desflorada,
entre la herida su farol enciende
y un aroma de muertas mariposas
de tu capullo doloroso viene.

Quiero un molino de aspas verdaderas
que extraiga el alma blanca de las mieses,
para que así tu cuerpo primitivo
—igual que el agua— en cielo transparente.

Oh, centinela al pie de tu perfume,
protector ignorado de tu frente;
centinela en el agua y en el aire,
a través de tu cuerpo adolescente...

Centinela en el grito y en la hora,
y en tu rosado manzanal presente;
centinela en el sueño y en la muerte,
con tu nombre y mi nombre iridiscentes.

¡Oh conflicto de pétalo y aroma
en tu país de rosas ya crujientes!
Yo aguardo al pie de tu perfume puro:
ahora, mañana, centinela, siempre...

Allen Pérez Chaverri

1945.

Tus ojos horizontales

Crepuscular marino
en un atardecer moreno...

Entre puerto y gloria,
titilar de pasiones
en holocausto sublime;
y tus ojos, horizontales,
entre fuego y vida,
retazo—mensaje y guía—
en que quedó la medida
de nuestros dos corazones.

Entre nube y pájaro,
celaje y flor,
tu cuerpo grande
y tan dispuesto a obedecer;
y tus ojos, horizontales,
entre rocío y ventana,
entre ventana y amor,
semejan dos manantiales
que se quebraran en roca
quebrada por el dolor.
Y entre árbol y piedra,
entre río y corazón,
entre corazón y mujer,
tu recuerdo trémulo
en un paisaje sínodo;

y tus ojos, horizontales,
entre sílfide y cielo,
entre cielo y enramada,
entre enramada y rosales,
vibrar de angustias,
relumbrar de cristales,
resbalar de canciones.

Yo sé que los ojos brillan
con más fulgor que las flores
cuando los angustian penas)

Tu mirar triste y morenc
angustia de mis rosales,
—melancólico sufrir—;
¡tus ojos horizontales!

18 Dicbre. del 44.

Arturo Montero Vega

—

POEMA

En la Muerte de Franklin Delano Roosevelt

La noticia llegó desde el relámpago,
sobre el veloz asalto de los cables.
Y nos habló tan hondo, tan cerca de lo amargo,
que llegó a parecer rasgo distante.
Como el fugaz contraste de la sombra
y el sueño, pasajero...
Pero vino a ser en nuestro yo, inmóvil
la tarde silenciosa, recorrida,
a cántaros su voz húmeda y rota,
aproada la niebla sobre el mundo
desde el minuto amargo y agresivo.
Y en la ola del viento buscaron un naufragio
los cantos de los pájaros.

*

Los muchachos levantan en los libros
su ansia de reliquias, de luz, de permanencia,
y la palabra dulce del maestro se atavía de flores y recuerdos;
los obreros destilan en las fábricas la llama de su sangre;
los niños, por jardines y escalas del ensueño
persiguen una estela de héroes y princesas;
los artistas recuerdan a las formas,
su amplia soledad en savia sustentada,
su cantar a la rosa y el retorno tenaz;
los labradores hallan manantiales y surcos;
y las gentes de mar, un mar de gentes,
en sus redes y proas, centinelas, están.
...Una multitud de honores que se acercan
como un continente de murmullos y golpes,
y sujetan con clavos, con esencia, con sangre,
en la piedra, en la flor, en la madera,
su corazón que viene de las lágrimas.
Una plenitud de hermanos que sacuden la muerte,
por llegarse hacia la vida,
con árboles y astas, estrellas y martillos,
con hélices de angustia y manojos en flor.
Ah, estos hombres que huyen de la ausencia,
al sol, para ausentarse al cáliz del encuentro,
con insurgencia firme de ángeles y ríos.
Soldados que enarbolan su lluvia de explosiones,
en cauces de granadas, incendios y tumultos,
perdidos en la muerte, luchando con la muerte,
sitiados por el llanto, por voces milenarias
y amapolas que tiemblan en la gleba.
En un nimbo constelado de astros y de pólvoras.
Para arrancar del mundo la huella de los asesinos
que incendiaron ciudades preciosas en el alma,
con millares de hombres y mujeres ajenas,
y fusilaron niños que apenas se abrían a la vida,
Para que nuestros hijos, por fruto merecido,
se lleguen hasta un mundo de aurora sin batallas.
Con insurgencia firme de ángeles y ríos.
Dejadme que recuerde un cuento de la infancia,
a la luz de la hoguera y el presagio.
Dejad que ahora evoque la fábula de un héroe
que fué a la voz de alma con botas de siete leguas
y amarinó su hazaña al borde y el sabor de lo sincero.
Que no pregunte nadie por golondrinas muertas,
por brazos maniatados y diamantes en fuga.
Por silencios terribles.
Que ninguno se aleje de su esencial figura,
y las violetas suelan juntarse para siempre,
y el más acontecido laberinto
en el rayo de sol pueda alumbrarse.
Que nuestro duelo huya del llanto,
por dolerse con lágrimas de lucha,
con fértil recorrido de las eras,
y al declivar el día
se yerga nuestra voz sobre la tierra
y la noche que asume un efluvio de estrellas
Porque ahora te escala nuestro ruego,
Franklin Delano Roosevelt,
en la raíz que viene de los siglos.
Fuiste el mundo, al fulgor de los senderos,
el corazón del hombre,
en la vida y torbellino de tu gesta.
Salve, tú, que refrenaste la orgía de los trusts,
y el turbio imperialismo de los financieros
que en sus escritorios estrujan ensueños y latidos,
acaso sin medirlo.
Le dijiste a tu pueblo que plante girasoles
para arribar en claros velámenes en dónde
espera nuestra playa de cálida amistad.
Y alzaste, oh permanente, tu llamado de lucha
para romperle el rostro a todos los fascistas,
y comprender la vida del minuto, su quilate,
la redención de un pueblo emocionante
que en su voz de rebelde cristaliza. Su milagro.
Fuiste amigo del hombre.
Por esto te recuerda nuestro arrebato firme,
la emoción florecida en estatuas y ríos.
Y vendrán, los que vienen al calor de la espiga,
a predicarte un duelo que palpite
en la estela de los libros, los yunques y los prados.

Eduardo Jenkins Dobles

Costa Rica, 1945.

—

DOS SONETOS DE EDUARDO URIBE

(En el Rep. Amer.)

Al tener noticia de la Muerte de Antonio Zelaya

Amigo mío de la dulce infancia,
la loca adolescencia, y turbulenta
bohemia juventud: en vano intenta
mi pensamiento, en la mortuoria (estancia.

verte cadáver... (¿Tú, todo arro- (gancia;
la mustia mano al pecho que vio- (lenta
pluma esgrimió; la frente macilenta,
más pronunciada su protuberan- (cia...?)

Aunque sea terriblemente cierto,
no puedo imaginarme que estés (muerto...
Si a tu ciudad natal regreso, amigo,

te buscaré, y saldremos como otro- (ra
desde el atardecer hasta la aurora;
a vagar por sus calles: tú conmigo.

Buenos Aires, 14 de agosto, 45.

A Costa Rica en el 15 de Setiembre de 1945

Vives en mi recuerdo, Costa Rica,
como tus guarias en el tronco (añoso;
oigo tu voz a diario, venturoso,
en la voz amorosa de una tica

Cada vez más en mí se intensifi- (ca
la admiración por ti, suelo dichoso,
donde la vida temporal es gozo
y donde al hombre se le dignifica.

He de volver a ver tu cielo puro;
en mi vejez yo tenga hogar seguro
si entonces busco tu cordial regazo.

Tú que acogiste maternal al niño
y al joven modelaste con cariño,
¿me negarás tu paz en el ocaso?

Buenos Aires.

Letras e Ideas
ESTAMPAS DE DOS TIEMPOS

Por Víctor Lorz

(En el Rep. Amer.)

El mundo era bien chiquitín antes del siglo xv: un rincón de Asia, una esquina de Africa y un cacho de Europa. Total, un círculo de algunas leguas de radio alrededor del *Mare Nostrum*, con su Roma papal en medio a guisa de ombligo divino, al que toda la cristiandad convertida en Buda, orientaba sus miradas. En tamaño aproximado, un vigésimo de la realidad. Más allá de estos límites, por el Norte y el Este la *Tartaria* y la *Escitia*. Al Sur, la *Mauritania* o *Barbaria*. Al Occidente, después de Compostela el *Finis Terrae*; y después de las Columnas de Hércules, el *Mare Tenebrosum*. Y al Oriente, después de los Santos Lugares, las fabulosas *Tierras de Gog* y *Magog* y del *Preste Juan de las Indias*. Más allá de esto, todo era *Terra Incógnita*. ¿Qué ese lo que se ocultaba bajo estos nombres tremebundos que ponían pavor en los oídos de la época? Nadie lo sabía. Ni el judío navarro Benjamín de Tudela, ni Marco Polo, los dos más célebres geógrafos y viajeros de los siglos xii y xiii que habían rondado aquellas fronteras. Nadie tenía una idea ni aproximada del valor y de la figura de la tierra.

Mejor que la figura circular que dije arriba, el mundo medieval tenía una figura elíptica alargada. En los extremos del eje mayor Jerusalén y Santiago de Compostela; y en uno de los focos de la elipse, Roma. Los turistas de la época, el *monje*, el *peregrino* y el *cruzado*, sólo se movían en una de las tres direcciones en cumplimiento de algún voto. También los reyes y los condes en demanda de perdón por alguna barbaridad. Dentro de la elipse cristiana, todos vivían mirando al cielo teológico, sumidos en el nirvana de una inconsciencia mental que les hacía pasar por el mundo casi sin mirarlo, *desviendo* la tierra; una tierra que ya no era para ellos la *madre eterna* sino la *posada del peregrino*. Ninguna luz real proyectaban sobre este mundo los dómines de la teología, ya que esta misma no era sino una coleción de sueños sacerdotales, o mejor, la suma de los dolores de cabeza de los sacerdotes, escritos en papel, y dados a los pueblos de *orden del rey*, para que también a ellos les doliera la cabeza. Un mundo así, tenía que ser silencioso, sin ruidos. Si algún ruido armaban las escuelas con sus silogismos en *Bárbara* y *Celarent* era contrapesado por el *magister dixit*, o por el *Roma locuta est*, o por el *Dios lo quiere*, que operaban a modo de sordina y en que se cocía y ahogaba toda protesta.

Y fuera de las escuelas, nuestras abuelas hilaban al amor de los pucheros y nuestros abuelos cavaban de sol a sol en los latifundios del señor conde. En tanto que las *muchachas en flor* cubiertas las cabezas con negras tocas, ocultos los senos bajo amplios pliegues y desdibujadas las divinas formas con largas faldas que barrían el suelo, iban de la casa a la misa y de la misa a la casa con los ojos bajos, sin hacerle un guiño a la alegría que pasaba y ocultando a los mirones la última pulgada del *peccatum*. No había alumbrado público, no había vida social, no había teatros, no había libros. Aldeas con casucas ni mayores ni mejores que las de los salvajes. La calle pública era el excusado público, y era el vertedero de las exoneraciones que le caían al peatón nocturno desde las ventanas. En esas aldeas, todo era aldeano: las personas y las costumbres, el pensar y el vivir, los deseos y las ambiciones, las almas y sus sueños.

Sin ideales, excepto el religioso. Sin conocimientos, excepto el de las cuatro o cinco necesidades primarias en que inscribía toda la vida. Sin medios de expresión, fuera de los cuarenta o cincuenta vocablos de los romances en formación, rudos y primitivos. Sin vida de relación, fuera de los encuentros fortuitos en la iglesia. Sin horizontes, fuera de las tres o cuatro leguas de andadura que se devoraban alrededor de la aldea.

Sin embargo, no se vaya a creer que todo era modorra en aquellos días de aldeanismo y de *sancta simplicitas*. Había mucha savia animal. Y siendo la vida un equilibrio de facultades, y no jugando apenas entonces las potencias intelectuales o superiores, el centro de gravedad se desplazaba hacia las inferiores o animales. Es una ley que no falla. Ni en el palenque del indio ni en el centro de la Quinta Avenida. El hombre de antaño era pobre de riqueza intelectual y el exceso de su sabia animal se desplazaba hacia los imperativos del orden físico. Como a estos imperativos, la sabiduría de la época los llamó *pecados*, los llamaré yo también así aunque no sean pecados. Quiere esto decir que se pecaba fuerte, y aun puede decirse que se pecaba más a gusto, porque se pecaba a hurtadillas, andándose a *salto de mata* tras la *fémina* que era entonces la *música prohibida*, el *pecado en sí*; y con esta salsa picante se aderezaba más a gusto el pecar. ¿Cómo ignorar que la salsa más sabrosa es la prohibición? "Y dijo Dios a Adán: De los frutos de *todos* estos árboles comerás; pero de *éste* no comerás porque morirás". ¡Qué tontico era Jehová! Pero era el dios de los principios del mundo; y dios párvulo al fin, su testa divina no había acumulado aún bastante experiencia sobre la malicia del bicho que acababa de crear. Y ¡claro! se equivocó. Hoy, más maduro y mejor psicólogo, ya no prohibe nada. *Deja hacer* como cualquier tendero de Mánchester. Por ejemplo: ¿a qué seguir prohibiendo libros, cuando los libros prohibidos son los que más se leen porque son los mejores? Digo pues, que se pecaba fuerte en aquellos días de modorra teológica. Pero se le quitaba virulencia al pecado con esencias escriturarias o con cataplasmas calientes de piedad. O se atenuaba su gravedad con la sabiduría casuista que se sacaban los doctores de la manga siempre ancha y siempre cómoda de su doctrina. Y el último caso, *a Roma por todo*, como reza el refrán. Y con unos *quanti cuatrini* o una peregrinación a Santiago se rescataba el pecado y... a Santiago otra vez!

—

El tiempo no contaba en aquella edad. Se vivía sin prisas. Todos eran riquísimos de tiempo y lo derrochaban pródigamente. Hoy estamos bajo el signo contrario: la prisa nos mata. Letreros y cuadernos nos advierten economizar tiempo, administrar los minutos con cuentagotas. Nuestra civilización apresurada está muy pobre de ese precioso elemento y hasta enferma de su escasez. Apenas nos alcanza el tiempo para el *time is money*, pero no da para más. Será quizás por esta pobreza que somos tan desdichados. Sabemos por un proverbio chino que "la precipitación es vicio occidental y que la dicha está en el *pasado mañana*. "Es posible. En punto a dicha interior y a pesar de estar rodeados de una infinidad de cachivaches útiles, estamos por debajo de la edad media. No cabe dudarlo: la inconsciencia, eliminando causales de perturbación, es un elemento activo de paz interior. El hombre de ayer tenía sobre el de hoy excelentes ventajas: desconocía nuestra neurastenia y nuestra tragedia de *la mesa puesta*.

La *picaresca* nos descubre los trucos que empleaba el hampa para sofocar la protesta del estómago. Tampoco era difícil ir a los cotos del señor conde, en que abundaban los conejos. Y en el peor de los casos, todo se desvanecía ante la fe robusta y la visión de la otra vida. Y con una hoja de lechuga y un trago de agua bendita, aquel bienaventurado mortal dominaba por cuarenta y ocho horas cualquier revolución de las tripas.

No; no tenía valor el tiempo. Cualquier varón se daba por satisfecho, si no hacía otra cosa en su vida que una visita a Jerusalén o al sepulcro de Santiago. Fuera el cuerpo del apóstol lo que se adoraba en Compostela (como quiere la fe) o el del gran heresiarca y gnóstico español *Prisciliano*, gloria de la heterodoxia y de Galicia (como quiere la crítica fina), es un hecho considerable que, desde el último rincón de la Germania o la Auvernia, el peregrino iba a Compostela, guiado por la *Vía Láctea* o *Camino de Santiago*. Lo tremendo del viaje que hoy haría temblar al más osado, no asustaba al *romero* clásico de ayer. Con una esclavina de conchas, un bordón viajero, una calabaza vinatera y un zurrón pastor a la espalda, podía lanzarse a la conquista del mundo sin tener un maravedí. Un peregrino que supiera su oficio, tenía que volver rico de su viaje. No matando moros, sino escurriéndose sabiamente en las bolsas cristianas. La aldea medieval estaba llena de monjes y de hidalgos. Teología e hidalguía fueron el sarampión de la época. El hidalguillo creó una filosofía de la vagancia como el dómine creó otra filosofía de la mendicidad. El hidalguillo razonaba: "El trabajo, según la Biblia, es una maldición. Ergo: no se debe trabajar. La única actitud digna es una huelga de brazos caídos. El *hijo de algo* no debe mancillar su calidad de *hombre de pro* con los atributos de la plebeyez. El *hombre de pro* está más alto y más allá del trabajo vil, y que por ser vil es oficio de *villanos*".

Vino luego el teólogo y le hizo la barba al hidalgo. "El mendigar es de derecho divino. Las aves del cielo y los lirios del campo, son alabados por Jesús por eso: por no hacer nada. La causa de la caridad estaría perdida si se prohibiera pedir limosna". El vago de derecho divino, estaba creado. El pedigüeño de derecho evangélico, estaba creado. Crecían los vagos, se multiplicaban los mendigos. ¡Pero florecía la caridad! Un historiador (Colmeiro) dice: "La fama de la caridad en Castilla fué tal que, muchos nobles franceses y alemanes prometían en dote a sus hijas lo que ganaran en un viaje de ida y vuelta a Compostela". El gnóstico Prisciliano saltaría asombrado en su tumba ante los milagros de la fe.

Hoy tenemos otra concepción de la vida: la mendicidad es una vergüenza; el trabajo es santo. Es que ya, ni el monje, ni el peregrino, ni el cruzado son exponentes de nuestra época

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — *José Martí.*

EXTERIOR:
EL TOMO
(30 numeros):
$ 5 dólares

Giro bancario sobre
Nueva York

que es de plenitud y afirmación vital, en tanto que aquellos tres eran tres evadidos de la vida y signos de un tiempo de negación vital. El teólogo o monje se evadía de la vida por el agujero de escape que eran el *claustro* y los *votos monásticos*. El peregrino se evadía de *este mundo* por la tangente de un sepulcro milagroso, esperando un milagro que lo pusiera en relación con el *otro mundo*. Y el cruzado se escurría de la vida por el agujero de una conquista material que le asegurara un puestito de tres varas de ancho en el *paraíso*.

Esos tipos han dejado de ser héroes en nuestra edad. Estamos hechos de choques y de ruidos, de violencias y tormentas, y de trabajo eficaz. Chocan doctrinas y pueblos, máquinas y democracias. No hay rincón en el planeta que no se estremezca. Y en vez del santo silencio del cenobita de ayer, hoy hablan hasta las burras de Balaam. Ya no hay pueblos resignados. Ya no hay problemas resueltos de *orden del rey nuestro señor*. Ya no hay autoridades indiscutibles. Ya no hay aldeas amodorradas. Hasta la poesía bucólica, con sus ternezas a Filis y a Amarilis, hoy difunta y sin posibilidad de un profeta que la resucite, ha sido arrumbada por la filosófica, preñada de ideas explosivas. Hasta los madrigales que antes caían de las ventanas y se desgranaban al paso de las hermosas, han sido suplantados por las bombas de mil kilos. Hasta la resignación se retiró amarilla ante la protesta. Hasta la caridad huyó de su trono para que se sentara la justicia.

El *signo de ayer*, ese *romero* que gastaba una vida entera en ir al sepulcro de Santiago a besarle los zapatos al santo; y que satisfecho con su hazaña, creía poder hablar de *tú* al mismo Hércules. El *signo de hoy*, el *búsinessman*, ese bicho raro al que la falta tiempo para todo; el que va corriendo a todas partes; el que vuelve siempre corriendo; el que, aunque siempre corra, siempre llega tarde; el que, cuando ya no puede más, se mete en el primer restaurante que encuentra, se traga unos sandwichs sin mascar y vuelve a correr... ¿Cuál de los dos tipos vale más?

Filosóficamente, quizá el de ayer. Tenía más gramática parda. Era más docto en *savoir vivre*. Tenía sobre la vida un concepto más equilibrado: no vale la pena tomarla tan en serio; mejor que con prisa, con flema; la muerte nos hace muecas desde cualquier rincón. Venía a ser la fórmula de Spinosa que vino después: *non flere, non indignare, sed intelligere*. Sobre todo, esto: comprender la vida; no añadir una sola pulgada a su justo valor; un sufrimiento más, a la tragedia que es ya el vivir. Y en cuanto al dinero, igual: ponerlo a la altura justa de lo que debe ser: un medio de librarnos de la gravitación de la necesidad hasta llegar a su equilibrio con la satisfacción.

Con esta filosofía, el *romero* dominaba la vida y se la echaba a la espalda metida en un zurrón de pastor en que cabía lo necesario y en que asomaba, como el compendio de su sabiduría, una mueca de desprecio para lo superfluo.

Hoy se gobierno el mundo por otra filosofía: la de Bêntham. Por eso hay tan pocos *romeros* y tantos *búsinessman*. No importa que los sabios, que son pocos, sigan diciendo lo que se debe hacer, porque los tontos, que son infinitos, harán siempre lo contrario.

Pero integralmente, nuestra época vale más. Antaño era feliz un hombre por cada diez mil. Ogaño se trata de volver la fórmula del revés: el bienestar para el mayor número. La frase es bella y es nuestra. Y siendo un programa, nuestra época con toda su falta de romanticismo, con toda su brutalidad, tiene buenas razones para ser absuelta. Por encima de su materialismo y de su sordidez tiene un idealismo generoso y exaltado. Tiene *calor* y *olor* de humanidad, y merece ser perdonada.

Costa Rica, 5 - VIII - 45.